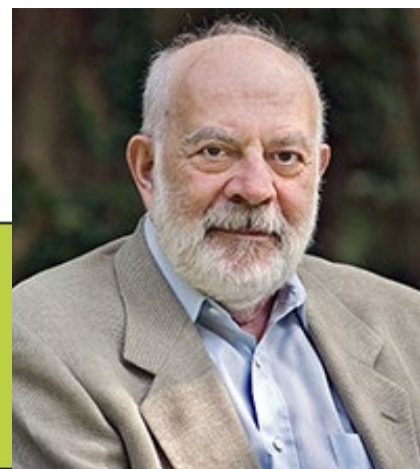


Escribe Harry G. Frankfurt: Debemos preguntarnos por qué la creación del mundo comenzó con la creación de la luz. La diferencia relevante primordial entre las tinieblas y la luz es que con esta última es posible hacer distinciones claras. En las tinieblas no puede hacerse discriminación (visual) alguna. En circunstancias corrientes, por su-

puesto, el encendido de una luz revela distinciones que ya existían, pero estaban ocultas por la oscuridad. La creación de la luz, sin embargo, genera un cambio más radical. Hace posible por primera vez el establecimiento de distinciones estables en un mundo previamente fluido e informe.



Papel Literario

FUNDADO EN 1943

RESISTENCIA

DOMINGO 17 DE ABRIL DE 2022

Dirección Nelson Rivera

• Producción PDF Luis Mancipe León

• Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez

• Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com

• Twitter @papelliterario

RESEÑA >> RADIOGRAFÍA DEL LIBRO SAGRADO

Viaje al Nuevo Testamento

Con fundamento en herramientas históricas, lingüísticas, literarias y religiosas, editado, traducido y comentado por el notable especialista Antonio Piñero, circula *Los libros del Nuevo Testamento* (Editorial Trotta, España, 2021)

NELSON RIVERA

El Nuevo Testamento se escribió entre los años 51 y el 135 (aproximadamente) de nuestra era. Aunque se le presenta como si se tratase de una pieza, está conformado por 27 libros. Es el más antiguo testimonio de la literatura cristiana antigua y “el primer depósito cristiano de lo que un ser humano debe conocer para obtener la salvación, una vida más allá de la muerte”.

Está escrito en griego, por lo que también es documento ineludible de la literatura griega antigua. En el conjunto sus autores utilizan todos los géneros conocidos por la literatura judía de la época helenística (que se remonta al siglo III antes de la era cristiana): cartas personales, cartas con enunciados ideológicos, disertaciones de carácter abstracto, breves tratados sobre los modos de la vida cristiana, discursos, sermones, parábolas y semejanzas, relatos de la vida de Jesús de Nazaret, himnos, salmos, alabanzas y bendiciones de Dios. Advierte Antonio Piñero: entre los 27 libros hay diferencias, disparidades, lo que hace inviable una lectura única y abre un fértil campo para las interpretaciones.

Del análisis filológico, literario e histórico se concluye que ninguno de los 27 textos fue escrito en arameo o hebreo: todos fueron redactados en koine, la lengua común de los griegos en el Mediterráneo oriental, usada por pueblos de diversos orígenes étnicos, entre los siglos IV (antes de la era cristiana) y el siglo V de nuestra era. Más que una simple aclaratoria, constituye un dato medular si recordamos que cada lengua contiene una comprensión del mundo y de la existencia.

De los 27 libros, en rigor, solo 7 tienen un autor confirmado: Pablo de Tarso (Primera carta a los tesalonicenses, Carta a los galatas, Primera carta a los corintios, Segunda carta a los corintios, Carta a los filipenses, Carta a Filemón y Carta a los romanos). Son los primeros que aparecen en esta edición de *Los libros del Nuevo Testamento*.

A continuación –sigo el orden cronológico propuesto por Piñero–, vienen los llamados Evangelios sinópticos (Evangelio de Marcos, Evangelio



CRISTO ABRAZADO A LA CRUZ – EL GRECO / MUSEO DEL PRADO

de Mateo y Evangelio de Lucas). Le siguen Hechos de apóstoles; luego, otras tres cartas atribuidas a Pablo de Tarso (Carta a los colosenses, Carta a los efesios y Segunda carta a los tesalonicenses); de seguidas, Carta a los hebreos; los llamados Escritos Joánicos (Evangelio de Juan, Primera carta de Juan, Segunda carta de Juan y Tercera carta de Juan); Revelación/Apocalipsis; Las Cartas Comunitarias (Primera carta a Timoteo, Segunda carta a Timoteo y Carta a Tito) y, por último, las Cartas Universales (Carta de Jacobo, Cartas de Judas y primera y segunda carta de Pedro, Carta de Judas, Primera carta de Pedro y Segunda carta de Pedro). Finalizada esta enumeración, hay que anotar que el orden en que Antonio Piñero publica los 27 libros es cronológico, lo que discrepa del que comúnmente se encuentra en la inmensa mayoría de las ediciones del Nuevo Testamento, que comienzan por los Evangelios.

Sin embargo, en el sustrato más profundo de la obra –a pesar de que sus partes se escribieron en distintas regiones, a lo largo de varias décadas–, hay un espíritu común, una búsqueda compartida: “es el primer intento de variados autores por comprender la historia del mundo y del ser humano a la luz de lo que, según ellos, eran los planes sal-

vadores de Dios manifestados en Jesús de Nazaret, en su vida, su predicación, su muerte y resurrección. Todos los escritos que encontramos en este corpus buscan presentar de uno u otro modo esta concepción, sea cual sea su autoría y formato concreto”.

Effervescencia y relatos

Quizás, visto desde nuestro tiempo, a pesar de que nos separan dos milenios, podamos imaginarlo: se produjo una eclosión, un apogeo de tradiciones –relatos, creencias, interpretaciones, expectativas– sobre Jesús y sobre los seguidores de Jesús, en una específica región del mundo. Ocurrió entre los años 30 y 135 de la era cristiana. Entonces tres corrientes tejieron el Nuevo Testamento: las tradiciones –narraciones orales– sobre Jesús; las interpretaciones de aquellos relatos; y lo que Piñero llama “acomodación de las tradiciones” a las circunstancias de cada comunidad (no olvidemos que el Nuevo Testamento contiene una serie de cartas dirigidas a comunidades específicas).

Para entender cómo se conformó el Nuevo Testamento corresponde partir de la más obvia de las realidades históricas: aquellos hombres “creían”. Creían que Jesús había resucitado y que, de alguna forma, vivía entre ellos.

Y esos relatos, esos recuerdos, pasaron de lo oral a lo escrito paulatinamente. Quien disponía de capacidades económicas, copiaba. Copiaban “en una especie de vademécum, dichos y sentencias de Jesús, una relación de milagros, de parábolas y quizás también un florilegio de textos de la Escritura que probaban que Jesús era el mesías prometido. En torno a estas tradiciones acerca del personaje central recordado, Jesús, se formaron otras tradiciones respecto a la vida en común de los primeros seguidores, en concreto, sobre el bautismo o rito de entrada en el grupo, sobre la fracción del pan, como la conmemoración de la ‘última cena del Señor’, más otras que formulaban alguna solución a problemas teológicos, morales o de convivencia, mientras la comunidad esperaba la segunda y definitiva llegada de su señor y mesías”.

A unas tradiciones se agregaban otras. No hubo, por décadas, un corpus fijo. Las narraciones mismas, como las parábolas, cambiaban. Sufrían adaptaciones, por ejemplo, para facilitar el cumplimiento de su cometido, la mejor transmisión del mensaje. Un proceso semejante debió ocurrir con los relatos de curaciones, milagros, enseñanzas. No sabemos, con certeza, cómo eran las narraciones más antiguas (si es

que es legítimo, en este caso, hablar de “narraciones antiguas”). En cualquier caso, lo que nos interesa entender con espíritu abierto, es que los autores del Nuevo Testamento confiaban en la historicidad de sus narraciones. Hablan de hechos históricos. No los conciben como ficción o fantasía. “Pero, dado que detrás de todo lo narrado se ve la mano de Dios que salva al ser humano, hay que decir que ninguna página del Nuevo Testamento es pura historia: no presenta los dichos o las acciones de sus personajes por sí mismos, ni por el interés en sí de lo ocurrido como susceptible de investigación histórica, sino dentro del plan divino de salvación por medio de Jesús”.

Lo constatable, y Piñero lo expone con claridad, es que las tradiciones eran adaptadas, versionadas a las múltiples realidades de lugares y tiempos. La ciencia especializada en literatura de la época y en el Nuevo Testamento procura aproximarse a la cuestión de cuáles son los relatos más antiguos y cuáles son las añadiduras y modificaciones que recibieron en años posteriores.

La formación del Nuevo Testamento

Tras la muerte de Jesús son localizables tres categorías de seguidores: los que lo aceptan como mesías, que han recibido el mensaje de los circuncidados (los judíos), en lengua aramea; los ganados a la fe del mesías que son parte de la diáspora judía y que hablan en lengua griega; y los paganos que se han convertido, como resultado de la predicación de Pablo de Tarso y sus activistas. La primera corriente –el judeocristianismo en lengua aramea–, explica Piñero, la más antigua y próxima a Jesús, fue diezmada y casi erradicada en las revueltas de los judíos contra Roma. Por ello, el Nuevo Testamento es, primordialmente, producto de las otras dos corrientes, hablantes de la lengua griega.

No sobra repetir lo que todos, de una u otra forma, entendemos: el Nuevo Testamento tiene a Jesús de Nazaret como su figura axial. Piñero resume su vida: fue un artesano galileo y a la vez un hombre inmensamente religioso, preocupado ante todo por el sentido esencial de la Ley de Moisés, discípulo de Juan Bautista, pero que fundó luego su propio grupo. Atrajo a las masas con su proclamación de que el reino de Dios era inminente. Pasó un tiempo predicando esa venida del Reino en Galilea. Su relativo éxito se debió no solo a sus palabras, sino al hecho de que algunas personas creían que también era sanador y exorcista. Al no conseguir suficiente apoyo en Galilea subió hasta Jerusalén, acompañado de un grupo de discípulos, con el deseo de completar su predicación en la capital y en la probable manifestación escatológica de Dios, pues estaba convencido de que sería este quien habría de instaurar su reino en último término. Allí perturbó el funcionamiento del Templo, predijo que Dios lo sustituiría por uno nuevo y se declaró finalmente el mesías/rey de Israel. Las autoridades romanas lo prendieron porque su predicación y acciones iban contra el orden público vigente y las estructuras del Imperio. Fue condenado a muerte y crucificado por los romanos al ser un sedicioso, reo de un delito de lesa majestad y un peligro serio para el buen orden de la provincia de Judea.

(continúa en la página 2)



JUICIO A SAN PABLO (1875) – NICOLAI VODAREVSKI / TRANSCARPATHIAN REGIONAL ART MUSEUM, UCRANIA

Viaje al Nuevo Testamento

(viene de la página 1)

Aquel hombre, que no escribía (lo que pudiéramos llamar su legado se debe a las escrituras de otros), no se propuso fundar una religión nueva. Una vez que Jesús hubo muerto, comenzó el proceso de construcción de la teología cristiana. Aunque todo el Nuevo Testamento se fundamenta en sus palabras y hechos, en el pensamiento de sus autores –de Pablo de Tarso en adelante–, esas palabras y hechos adquirieron nuevas tonalidades y perspectivas, fueron interpretados o reinterpretados. ¿Qué estimuló la redimensión de aquellos relatos? La creencia en la resurrección y, más todavía, el pensamiento de que, tras la elevación al cielo, Dios lo había constituido en señor y mesías. Por lo tanto, son escrituras exegéticas, influidas por la creencia de que Jesús de Nazaret era el redentor, el mesías.

Un segundo factor en la configuración del Nuevo Testamento son las narraciones referidas a los seguidores de Jesús en Galilea y Jerusalén, judíos piadosos que creían que el crucificado era, en verdad, el mesías y que Dios, en un acto de justicia, lo había rescatado entre los muertos. Así, volvería a la Tierra a cumplir con la tarea que instaurar el reino de Dios en Israel. Otro elemento se refiere a los judíos en la diáspora, nacidos fuera de Israel y que tenían al griego como su lengua materna, y en los que predominaban los parámetros de la cultura helenística.

Antonio Piñero agrega un tercer factor: las divisiones entre los hebreos autóctonos (lengua aramea) y los helenistas nacidos fuera, pero asentados en Jerusalén (lengua griega). El ataque de los primeros a los segundos, la brecha creciente entre unos y otros debe haber sido un estímulo para el surgimiento de las obras que conformarían el Nuevo Testamento, que tiene en las divergencias teológicas con los judíos israelitas, una de sus motivaciones más consecuentes.

Y todavía hay que sumar un cuarto elemento: las comunidades helenísticas –judeocristianos que vivían dispersos más allá de las fronteras de Israel– que, junto a los paganos conversos, potenciaron el desarrollo de “ideas integradoras entre judíos y gentiles”, es decir, propiciaron un nuevo fermento, un nuevo motor expansivo para esa teología en proceso, que en un relativo corto tiempo

crystalizaría en el Nuevo Testamento.

El eje axial: Pablo de Tarso

El Nuevo Testamento está atravesado por la escritura, la voz, el pensamiento de Pablo de Tarso. Que 14 de los 27 textos que lo componen, se le atribuyan en alguna medida (7 con plena certeza, otros 7 como producto del análisis), es un primer argumento, al que de inmediato hay que añadir este otro: a pesar de las diferencias o, incluso, de ciertas perspectivas encontradas, el Nuevo Testamento es un corpus paulino, todo él escrito bajo la visión paulina de la extraordinaria entidad de Jesús, una entidad casi divina, que al morir y resucitar, protagoniza dos eventos de carácter redentor, que vienen a cambiar el destino de Israel y de los hombres, en una proyección ilimitada. “Ser paulino es pensar también que, gracias a la redención obrada por Jesús, todos los paganos, y no solo los judíos como pueblo elegido, tienen la posibilidad de salvarse al igual que estos”.

La aparición de Pablo de Tarso tiene lugar en un momento en que proliferan las tendencias entre los primitivos grupos judeocristianos. El panorama es confuso. “Desde luego, debió recibir mucha doctrina del judeocristianismo helenista, pero aportó también mucho, ya que fue el primer gran teólogo que puso bases importantes para el desarrollo de un movimiento que, un par de siglos después de su muerte, sería claramente una religión distinta al judaísmo, el cristianismo”.

Cuando Pablo escucha “la llamada” –todavía no habían transcurrido tres años de la muerte de Jesús–, la única religión existente es la del judaísmo. Tras “la llamada”, Pablo acepta que Jesús de Nazaret es el mesías, con lo que se había inaugurado el tiempo final de la historia, el tiempo mesiánico. “La llamada”, además de revelarle quién es Jesús en el plan de Dios, le manifiesta que ha sido elegido para predicar la buena nueva entre los paganos. A Pablo corresponderá, de allí en adelante, anunciar que la salvación no solo será para los judíos, sino para cualquier hombre.

Tras ese episodio, Pablo se retira durante tres años a la Arabia Felix (una región de la península arábiga). No se sabe con certeza qué ocurrió durante ese período. Acoge la teología de la restauración de Israel, pero le añade una cuestión fundamental, un condicionante: aunque había lle-

gado el tiempo final, faltaba que ocurriera la conversión de los pueblos. Solo así estarían dadas las condiciones para la *parusía* (el advenimiento de Jesús al final de los tiempos). Por lo tanto, el tiempo mesiánico sería el tiempo de salvación para los paganos. La familia de Dios crecería: estaría compuesta por los judíos y los paganos que creyeran en el mesías.

Pablo encontró reacciones a su tesis: muchos no aceptaban la relativización de la Ley, ni tampoco aquella ampliación, que incorporaría a los paganos, con quienes compartirían la promesa de redención. Con su teología, Pablo rompía las barreras que separaban a los judíos de los gentiles. Pero no solo: también le generó una vida de mayores dificultades y, como sostiene Piñero y otros autores, posiblemente le causó la muerte (Pablo podría haber fallecido en el 64, en Roma, pero esto no es más que una entre otras hipótesis).

“El resto de la potente teología paulina –el sentido de la muerte del Mesías; la verdadera entidad y naturaleza de ese mesías como un ser humano pero a la vez hijo adoptado de Dios y sentado en los cielos como un ente divino al lado de este, aunque subordinado al Padre; la ‘justificación por la fe’; la unión con el Mesías en el bautismo y la eucaristía; su discutida noción del cuerpo místico; su teología política; su nueva idea sobre la escatología y reino de Dios, su religiosidad, etcétera– no es más que una consecuencia de ese principio fundamental de la incorporación de los gentiles al Israel de los últimos días (...) Todas estas ideas tendrán su reflejo, con mayor o menor claridad, en los libros del Nuevo Testamento posteriores a él, incluidos los evangelios”.

Dispersión y organización

Dos hechos, la muerte de Pablo y la terrible derrota padecida por los judíos ante las fuerzas de Roma –que en el año 70 destruyeron a Jerusalén–, tuvieron un impacto sobre el incipiente movimiento paulino. Aun debilitado y disperso, el judeocristianismo se mantenía con vida. Pero los “paganocristianos” eran ahora la mayoría, lo que obviamente influyó en el rumbo que tomaría el cristianismo naciente. Los paulinos se organizaron en las cuestiones esenciales: se creó una jerarquía y una cadena de mando, que asumió “el control del medio social y de los medios econó-

micos”. Se establecieron autoridades para la interpretación de las sagradas escrituras y para el control de las rectas tradiciones. Tertuliano (160-220) escribió en *Apologéticas* que una parte de los recursos que se recogían se destinaban a la asistencia de los más pobres.

De todo lo anterior se concluye que, salvo los textos de Pablo y los evangelios, el resto de las piezas que componen el Nuevo Testamento fueron escritas en fecha posterior al 70 y proceden de los sobrevivientes del judeocristianismo y del paganocristianismo de segunda y tercera generación.

El proceso de separación entre judíos y cristianos, entre Iglesia y Sinagoga fue “gradual y multiforme, adoptando formas distintas según tiempos y lugares”. Ocurrió entre los años 70 a 135. Sin embargo, Piñero menciona a autores judíos, quienes sostienen que la separación se prolongó hasta el siglo V. A los que en principio llamaban “galileos” y luego “nazoreos”, a mediados del siglo II, eran universalmente llamados cristianos.

A los cristianos que eran detenidos y procesados, por lo general, se les imponía la pena de muerte. “Ahora bien, los cristianos de esta época nunca fueron acusados directamente por nadie de actos de sedición. Su adscripción a esta categoría penal se debió únicamente a su reconocimiento como seguidores del Mesías, el sedicioso de Judea: eran condenados en virtud del *nomen* (‘nombre’) de cristianos”. Antes del año 251 no hubo la persecución sistemática tantas veces mencionada. Eran procesos aislados. Había temor, pero no al extremo de impedir que la fe continuara expandiéndose.

Los libros posteriores al año 70

Los cuatro evangelios están entre las obras recibidas (incorporadas) al Nuevo Testamento, escritas después de la muerte de Pablo. Guardan una diferencia sustantiva con respecto a las cartas paulinas: se concentran en la vida terrena de Jesús. Pablo se había interesado solo por la muerte y la resurrección.

Cronológicamente, se sucedieron en este orden: Marcos, Mateo, Lucas y Juan. Todos son evangelios que se pueden adscribir a la esfera paulina: “aceptan el sentido sacrificial y vicario de la muerte del Mesías desarrollado por Pablo”.

El resto de los libros que componen el Nuevo Testamento, las Cartas apostólicas, aparecen de forma simultánea a la consolidación de la estructura eclesial (para aquellas comunidades, que esperaban la

inminente llegada del Mesías, quizá no había otra opción: o se organizaban o desaparecían).

Aunque se desconoce con precisión, la fecha en que se produjeron los textos, hacia los años 125 y 135, el Nuevo Testamento estaba conformado. El análisis científico, no solo de los libros incluidos en el Nuevo Testamento, sino de una amplia gama de literatura de ese período, revela realidades de mucha complejidad. Se copiaban las cartas para ser enviadas a otras comunidades. Pablo mismo había instruido a sus seguidores a esta práctica, como un recurso de propagación de la buena nueva del Mesías. Se generó, además, una “escuela paulina”, que produjo más cartas “paulinas”, con el objetivo de actualizar, de responder a preguntas que se formulaban los primeros cristianos o para sintetizar, aclarar o enfatizar el pensamiento del apóstol ya fallecido. Toda esa producción establecía nuevas conexiones, reinterpretaciones, correcciones mínimas o significativas. También circulaban piezas que eran portadoras de disensos, incluso de carácter teológico. Sin embargo, a pesar de matices y diferencias significativas, se mantenía en la base una cierta unidad de pensamiento, que se proyectaría en la conformación del canon neotestamentario.

Iglesia y canon

La institucionalización de la Iglesia obligó a introducir cambios y ajustes doctrinales. Proliferaban las interpretaciones, como dije antes. Pero una cierta unidad se fue imponiendo. Había intercambios: las comunidades pequeñas tendían a adoptar las ideas predominantes en las más grandes. El flujo comercial también jugó un papel. Hasta que, “poco a poco, a finales del siglo I, se produce el fenómeno de que llega a creerse sin más que la doctrina cristiana fue siempre una y la misma. La fe deja de ser algo dinámico y se convierte en una serie de verdades concatenadas que se transmiten tal cual por la tradición”.

Esto explica la aparición de una tendencia que Piñero designa como legalismo, cuyo primer avance se expresa en el cambio de la idea de salvación: de una dimensión inscrita en el presente y dependiente de la fe, se pasa a una salvación que tendrá lugar en el futuro, después de la muerte, tras un juicio a cargo de Dios, que valorará las acciones realizadas en el plano terrestre. En lo sucesivo, el cristiano no se justifica solo por la fe, también por el cumplimiento de ciertas normas, de cierto modo de vivir.

(continúa en la página 3)

RESEÑA >> RADIOGRAFÍA DEL LIBRO SAGRADO

Cartas de Pablo

El texto que sigue es una sección del capítulo "Cartas Auténticas de Pablo", el primero de *Los libros del Nuevo Testamento*.

Traducción y comentario, editado por Antonio Piñero (Editorial Trotta, España, 2021)

ANTONIO PIÑERO

No es extraño que la producción escrita de Pablo –y de gran parte del cristianismo primitivo– sea del género epistolar (21 cartas de un total de veintisiete escritos del Nuevo Testamento). Los primeros creyentes judeocristianos estaban tan convencidos de la pronta venida de Jesús como mesías desde los cielos (la denominada "parusía", el fin del mundo presente), que normalmente no se sentirían tentados a redactar otra cosa que escritos de circunstancias. Una carta servía de presentación de los misioneros itinerantes, de respuesta a las preguntas de las nuevas comunidades, de arreglo de malentendidos o diferencias de orden teológico, y de exhortación a mantenerse en la nueva fe.

En líneas generales las cartas de Pablo y del Nuevo Testamento se acomodan, con algunas peculiaridades, al estilo y formato normal de las cartas de la época. Con el renacer de los estudios de retórica antigua en los años setenta del siglo XX se ha observado que algunas características de las cartas, en especial las paulinas, se explican bien si se tienen en cuenta las normas de la retórica y la epistolografía de su tiempo.

Una carta del siglo I e.c. en el mundo grecorromano constaba de una serie de elementos más o menos estereotipados. El primero es la fórmula introductoria (*inscriptio*), que solía tener tres componentes: mención del remitente, dirección o lectores a los que iba dirigida y saludo. Este último se expandía normalmente con el añadido de un deseo expreso de buena salud y de fortuna para el destinatario. El segundo solía ser la acción de gracias a los dioses por algún beneficio que proporciona la ocasión para escribir, o una plegaria a los mismos para que nada malo ocurriera. El tercero era el mensaje propiamente tal o cuerpo de la carta. Normalmente la idea o ideas que se querían expresar llevaban una fórmula introductoria ("Quiero que sepas..."; "No pienses que..."); luego

venía el mensaje o la petición y, finalmente, la conclusión de esta parte principal, con una recapitulación de lo que se había explicado o solicitado y una petición de aceptación o respuesta. El cuarto elemento es la fórmula conclusiva. Normalmente constaba de un reiterado deseo de buena salud y de una despedida formal.

Pablo no se atiene rígidamente a este esquema, sino que cambia libremente algunas de sus partes, tanto la introducción (con sus tres partes) como el contenido, que se acomodaba normalmente a las preguntas formuladas por sus corresponsales, o a las inquietudes suscitadas por informaciones que le llegaban a través de viajeros amigos o colaboradores. El Apóstol dictaba sus cartas (véase, por ejemplo, Rm* 16,22). Esto no quiere decir que manifestara en voz alta las ideas generales del contenido y que luego uno o más secretarios le dieran forma (o bien sus corremitentes), sino que se trataba de un dictado palabra por palabra. Ello explica el estilo familiar de sus cartas, su similitud de vocabulario y de sintaxis, la fortaleza y vigor de sus expresiones, como si estuviera hablando o discursando, las interrupciones, las frases sin acabar o no redondeadas por completo, la mezcla de temas, ciertas oscuridades de expresión; en suma, una línea de pensamiento no tan clara a veces como deseáramos.

En algunas de esas cartas, una vez caligrafiadas por el amanuense, Pablo firmaba de su puño y letra (1 Cor* 16,21; Gal* 6,11; Flm* 19). El Apóstol menciona a corremitentes de sus cartas (por ejemplo, Silvano y Timoteo en 1 Tes* 1,1), lo que significa probablemente no una composición en comandita, sino que sus colaboradores se hacían partícipes de las ideas que el maestro expresaba en su escrito. Este hecho se deduce igualmente de la unidad de expresión y de estilo que apuntan hacia una persona única como autor, Pablo.

Las cartas de Pablo no son "epístolas" o tratados doctrinales, sino auténticas "cartas", misivas personales, llenas de afecto o de repro-

ches, incluidas Romanos y Gálatas, aunque estas tienen mucho de tratado expositivo. Sus escritos eran un medio de prolongar su acción apostólica, pues en ellas anima, corrige y enseña. Sus cartas iban remitidas no a individuos, sino a comunidades (incluso la Carta a Filemón va dirigida a una comunidad doméstica), y estaban pensadas para ser leídas en público, normalmente cuando el grupo se reunía en la celebración de la eucaristía. Aunque de tono personal, Pablo piensa que sus cartas son documentos de un apóstol de Dios, dotados de autoridad, y que asientan o sustentan una doctrina judeocristiana que debe ser mantenida en adelante. En muchas ocasiones se hacían copias de las cartas de Pablo, como se ha indicado ya.

Además de sus propias ideas, Pablo utiliza en sus cartas material tradicional, recibido de las comunidades en las que se formó. Así: a) temas comunes de la predicación y tradición judeocristianas vigentes en Damasco o en Antioquía (Rm* 1,2-4: verdades elementales de la fe; 1 Cor* 15,3: doctrina sobre la resurrección); b) fórmulas de confesión de fe o temas

“

Las cartas de Pablo pertenecen al 'segundo' y 'tercer' viaje misionero de Pablo, es decir, a la época de su madurez"



ANTONIO PIÑERO SÁENZ JUNTO AL TEMPLO DE DEBOD EN MADRID / JUAN SOL

de la liturgia particular de los seguidores de Jesús (Rm* 10,9: Jesús es el Señor y Dios lo resucitó), quizás a menudo de la liturgia bautismal; c) citas de la Escritura para confirmar sus argumentos (en Rm* y Gal* sobre todo). Es posible que en ocasiones utilizara florilegios o colecciones de textos bíblicos sobre un tema, por ejemplo, sobre el mesías anunciado por los profetas; d) catálogos de vicios y virtudes tomados de su tradición judía o de obras morales o filosóficas populares, paganas, pero que podían aplicarse a los cristianos (Flp* 4,8; 2 Cor* 12,20; Gal* 5,19-22).

La costumbre paulina de escribir cartas "apostólicas" ejerció gran influencia en el cristianismo primitivo; debió de cundir el ejemplo cuando se hizo costumbre el intercambio de cartas de Pablo y se hicieron copias de ellas. El resto del Nuevo Testamento es muestra de ello, pues un buen número de las cartas que en él se contienen fueron compuestas por discípulos de Pablo o por otros que las atribuyeron a apóstoles (Pedro, Jacobo, Judas), muy probablemente a imitación de la correspondencia auténtica de Pablo y guiados

por su éxito. Hasta la Revelación de Juan está redactada en forma de carta ("Juan a las siete iglesias de Asia, gracia y paz a vosotros": 1,4), y contiene siete breves misivas a siete ciudades de la región con importantes núcleos cristianos.

Las cartas de Pablo pertenecen al "segundo" y "tercer" viaje misionero de Pablo, es decir, a la época de su madurez. De los años anteriores (unos quince o diecisiete años) nada se ha conservado. Las pequeñas notas circunstanciales que pudo escribir se han perdido casi todas, menos la Carta a Filemón y los billetes sobre la colecta para Jerusalén transmitidos en 2 Cor* 8 y 9. En algún caso hay mención a una carta perdida, por ejemplo, la enviada a los cristianos de Laodicea (mencionada en Col* 4,16). Y si Pablo era aficionado a escribir cartas, se puede sospechar que se han perdido quizás otras. ☉

*Siglas: Rm: Carta a los romanos. 1 Cor: Primera carta a los corintios. Gal: Carta a los gálatas. Flm: Carta a Filemón. 1 Tes: Primera carta a los tesalonicenses. 2 Cor: Segunda carta a los corintios. Col: Carta a los colosenses.

Viaje al Nuevo Testamento

(viene de la página 2)

Otro aspecto, siempre complejo, es la vinculación/desvinculación del primitivo judeocristianismo, una vez que el paganocristianismo se ha erigido en una evidente mayoría. La cuestión es medular: los autores del Nuevo Testamento son todos judíos, y "el pensamiento cristiano sobre Jesús estaba profundamente enraizado en el suelo de Israel". Y lo dicho: nunca estuvo en los propósitos de Pablo romper con la tradición religiosa de la que provenía. Pero fueron sus seguidores, sus "hijos", los que crearon y promovieron la noción de una iglesia grande, integradora, que incorporaba a los paganos, que no olvidaba sus orígenes judíos.

Todos estos elementos se articulaban y consolidaron para constituir el Nuevo Testamento como libro sagrado que, como sugiere Piñero, podría ser requisito para que un grupo religioso se convierta en una verdadera religión. En el caso del cristianismo este proceso se extendió durante los siglos II y III. Más allá de las distintas hipótesis sobre el asunto de cómo y por qué se generó, alrededor del Nuevo Testamento, un canon eclesial, su estruc-



tura es producto de una política, a la que contribuyeron hombres decisivos como Irineo de Lyon (140-202) y Eusebio de Cesárea (263-339), y de una posible negociación para admitir obras de tendencias diversas –en ese sentido el Nuevo Testamento es el producto de un consenso–, siempre que compartieran el meollo de la concepción paulina sobre los dos hechos fundamentales

de la vida terrera de Jesús de Nazaret: muerte y resurrección. Así, el Nuevo Testamento puede ser entendido como la expresión de un cristianismo de inspiración paulina.

La edición de Antonio Piñero

La recapitulación hecha hasta aquí se limita a recoger algunas de las cuestiones más relevantes expuestas en

la introducción general del volumen. Pero la excepcional tarea de Piñero no finaliza con esto. Sobre la mayoría de los 27 libros escribe un texto que habla del contexto en que se produjo, sintetiza la estructura y contenidos, presenta a los destinatarios, revisa los aspectos teológicos correspondientes, describe las consideraciones técnicas, aclara, por adelantado, las cuestiones que podrían dificultar la comprensión del lector de nuestro tiempo y sugiere la relevancia que tiene cada obra en el conjunto del Nuevo Testamento, incluso las más breves. Hay que anotar que Piñero ha sido el timón de un equipo en el que también han participado filólogos de trayectoria neotestamentaria: Gonzalo del Cerro Calderón (coautor con Piñero de los tres volúmenes dedicados a *Hechos apócrifos de los apóstoles*, así como de estudios sobre Dión de Prusa, Plutarco, Augusto y más); Gonzalo Fontana (autor del fundamental *Orígenes del cristianismo en el Asia Menor*, así como un estudio sobre el Evangelio de Juan); Josep Monserrat (prolífico investigador, autor o coautor de libros sobre los textos gnósticos, el volumen *La sinagoga cristiana*, estudios sobre el Evangelio de Mateo, Tácito, Platón, Judas y más); y Carmen Padilla (autora de numerosos artículos académicos).

Piñero (1941), filósofo, filólogo clá-

sico, filólogo bíblico trilingüe, historiador, ensayista y novelista, ofrece, desde el rigor propio de la ciencia histórica, una visión de lo que Pablo de Tarso irradia hacia nuestro tiempo: "Es impresionante el *impacto cultural* de esta breve correspondencia sobre casi veinte siglos de historia posterior, al menos para la civilización occidental que se extiende también poderosamente en el Oriente. La extendida consideración de Pablo como el verdadero fundador del cristianismo habla por sí sola y no sería necesario ningún argumento más. Puede argumentarse también que hay en el mundo actual unas dos mil millones de personas que se describen como cristianas, al menos como 'cristianas culturales', y que el noventa y nueve por ciento de ellas, como mínimo, dependen de Pablo para su concepción de la figura y misión de Jesús de Nazaret. Y puede añadirse que muchas otras personas defienden que la misma idea de Europa y Occidente, incluso en lo social y lo político, no se entiende sin el cristianismo, que es una cosmovisión básicamente nacida de esta correspondencia paulina". ☉

**Los libros del Nuevo Testamento. Traducción y comentario*. Edición: Antonio Piñero. Colaboradores: Gonzalo del Cerro, Gonzalo Fontana, Josep Monserrat, Carmen Padilla, Antonio Piñero. Editorial Trotta, España, 2021.

RELIGIÓN >> IGLESIA Y SOCIEDAD

La procesión no siempre va por fuera

"Según los estudios de opinión y diversas encuestas, el número de católicos (o de personas que así se consideran) varía desde el 75 por ciento de la población, hasta más del 90, claramente cifras altísimas. Visto así, tanto por la histórica presencia como por el número de fieles, Venezuela es un país irrefutablemente católico. Pero ¿realmente lo somos? Más allá de lo nominal, ¿qué significa eso?"

JUAN SALVADOR PÉREZ

Me refirió alguna vez un muy buen amigo jesuita, una anécdota –o digamos una experiencia– de cuando estuvo de misión en Angola. Después de una fuerte tormenta tropical, este sacerdote salió a ver los estragos que habían causado la lluvia y el viento en la selva donde él se encontraba. El paisaje era desolador ante aquel triste espectáculo de árboles caídos. Por un lado, se percató de que los árboles de raíces profundas y de troncos rígidos se habían quebrado por la fuerza del viento. Por otro lado, los árboles de troncos flexibles, pero de raíces pequeñas, habían sido arrasados y arrancados de la tierra. Solo se mantuvieron en pie, solo lograron sobrevivir al poderoso embiste del viento y la lluvia, aquellos árboles de raíces profundas y troncos flexibles.

La anécdota me sirve para poder abordar el tema de este artículo. ¿Cómo es la situación hoy día del catolicismo en Venezuela?

Yo solo puedo hablar desde mi particular experiencia como hombre laico, creyente y vinculado de alguna manera a la actividad de la Iglesia católica venezolana, pero nunca como representante ni menos aún como voz autorizada. Lo hago estrictamente desde mi condición de simple varón cristiano. Observo y reflexiono, para ubicarme y entender, más que para ofrecer diagnóstico y pretender criticar.

¿Raíces fuertes?

Resulta bastante sencillo, casi un lugar común, decir que Venezuela es desde siempre un país católico. Como todos sabemos, de los mismos barcos de los conquistadores descendieron también los frailes y monjes con la cruz como estandarte y la misión de evangelizar.

Desde muy temprano se comienza a organizar formal y jerárquicamente la Iglesia en el territorio de Venezuela. La presencia del episcopado se remonta al siglo XVI, con la primera diócesis de Venezuela en Coro, de fecha 21 de marzo de 1531, trasladada después a Caracas, (7 de marzo de 1638); luego la diócesis de Mérida (17 febrero de 1778); la de Ciudad Bolívar (20 mayo de 1790); Maracaibo (28 julio de 1897). Estas diócesis abarcaban amplios territorios y estaban muy aisladas entre sí. Es decir, no se puede hablar de un episcopado colegiado y con conciencia de unidad. De hecho, no será sino hasta principios del siglo XX que se comenzará tímidamente a hablar del Episcopado Venezolano, cuando en 1904 se celebra la prime-



JESÚS EN EL HUERTO / ARTURO MICHELENA

ra conferencia –utilizada la palabra en la acepción de reunión– del Episcopado Venezolano.

Pero formalmente, será en noviembre de 1973, cuando en el boletín No. 2 del Secretariado Permanente del Episcopado Venezolano aparecerán publicados los estatutos de la Conferencia Episcopal Venezolana, celebrándose, de conformidad a lo allí establecido la Primera Asamblea Plenaria Ordinaria de la Conferencia Episcopal Venezolana, del 7 al 12 de enero de 1974.

Es decir, si bien la presencia de la Iglesia se remonta a los tiempos de la conquista, no será sino hasta bien entrado el siglo XX que se tenga una concepción sólida, unificada y con conciencia de cuerpo.

Hoy día la Iglesia cuenta con 42 jurisdicciones eclesiásticas en el país, distribuidas en 9 arquidiócesis, 27 diócesis, 3 vicariatos apostólicos, 2 exarcados y un ordinariato militar. Algo más de dos mil sacerdotes, algo menos de cuatrocientos diáconos permanentes y sesenta obispos (41 titulares, 3 auxiliares y 16 eméritos), siendo las diócesis con mayor número de sacerdotes San Cristóbal (208), Trujillo (154), Barquisimeto (148), Mérida (127), Caracas (121).

Según los estudios de opinión y diversas encuestas, el número de católicos (o de personas que así se consideran) varía desde el 75 por ciento de la población, hasta más del 90, claramente cifras altísimas.

Visto así, tanto por la histórica presencia como por el número de fieles, Venezuela es un país irrefutablemente católico. Pero ¿realmente lo somos? Más allá de lo nominal, ¿qué significa eso?

En un muy interesante trabajo del sociólogo norteamericano Rodney Stark sobre el surgimiento y crecimiento del cristianismo¹, este investigador se pregunta cómo de aquel inicial grupúsculo de no más de 120 seguidores judíos

al momento de la muerte de Jesús, llegamos a casi 34 millones de cristianos en apenas trescientos años. Este crecimiento que suena y se lee milagroso, Stark lo presenta como un ritmo de crecimiento sin duda importante pero normal, a una tasa de 40% por década durante los primeros siglos, lo cual ha sido el ritmo de crecimiento de otras confesiones religiosas exitosas en la historia. De allí entonces que para Stark, el fenómeno de la expansión del cristianismo no radicó tanto en la tasa de crecimiento, sino en lo exitoso del mensaje como oferta religiosa, en lo atractivo de su propuesta, en el contenido novedoso de aquella buena nueva.

El cristianismo creció como creció, gracias al testimonio de vida de los cristianos de los primeros siglos, a su ética práctica que logró inspirar a una sociedad romana agotada y vacía. Las circunstancias históricas se convirtieron en oportunidades que fueron correctamente aprovechadas, permitiendo así el posicionamiento del cristianismo principalmente en las clases medias, pero también en las clases bajas, así como en importantes, determinantes e influyentes familias de clase alta.

Según Stark, las repuestas y propuestas de los cristianos frente a temas como el papel de la mujer en la sociedad, al trato de los esclavos, a la dignidad de todos los hombres (p.e. la condena del circo y los juegos), la activa solidaridad y el servicio desprendido ante los enfermos, llegando incluso a temas más de corte íntimo familiar como la fertilidad, el infanticidio, el aborto, representó una verdadera revolución cultural que permitió el auge del crecimiento del cristianismo.

Vuelvo entonces a la pregunta que nos hicimos arriba ¿somos realmente un país católico en los términos esenciales del mensaje y de la práctica que supone ser cristianos –seguidores de

Cristo– hoy día en Venezuela? ¿Son nuestras raíces católicas una consecuencia histórica del descubrimiento, la conquista y la colonia proyectada en el devenir de los años y la tradición, o verdaderamente atiende a un convencimiento profundo, convencido y práctico del mensaje de Cristo en la vida diaria de todos nosotros?

¿Tronco flexible?

El gran G. K. Chesterton decía –insistía más bien– al hablar del catolicismo, que los fieles realmente no queremos una religión que tenga razón cuando nosotros tenemos razón, lo que nosotros queremos es una religión que tenga razón cuando nosotros estamos equivocados.

En importantes estudios sobre la religiosidad y la fe⁴, ha quedado últimamente comprobado que los seres humanos no solo se interesan más por estos temas, sino que reconocen la necesidad de creer y pertenecer a cultos religiosos. Puedo referir a manera de ejemplo, mi reciente experiencia personal del pasado miércoles de ceniza. Ese día fui a misa en mi parroquia en la mañana, y la gran cantidad de fieles me impresionó, sobre todo al compararla con la habitual escasa asistencia de la misa del mismo horario los domingos. Al final del día le comenté al párroco mi grata impresión, y me respondió contándome que la asistencia en las misas del mediodía y la tarde había sido aún mayor: La revista *America Magazine* también realizó la misma observación en la realidad norteamericana, una asistencia inusualmente grande de personas que participan en la celebración de la imposición de cenizas. El artículo³ se pasea por diversas razones para explicar el fenómeno, pero la más convincente (al menos para mí) es la necesidad en la gente de participar, de sentirse parte.

En Venezuela la Iglesia católica goza de una reputación muy favorable como institución. Según el informe 2021 realizado por Latinobarómetro, más del 70 por ciento de la población venezolana reconoce a la Iglesia católica como una institución confiable. El trabajo llevado a cabo por Caritas en todo el territorio del país frente a la crisis que atraviesa la gente, la voz de denuncia del episcopado ante la situación nacional, el compromiso social de los párrocos y demás organizaciones y órdenes eclesiales, dan base sólida para este reconocimiento.

Sin embargo, al mismo tiempo la Iglesia católica es percibida por muchos, sobre todo entre jóvenes, como una institución anquilosada en el tiempo en lo relativo a muchos temas actuales (y clásicos) como lo son la sexualidad, la participación de la mujer, etc. Pero más allá de estos debates que sin duda deben darse, la Iglesia necesita –y lo sabe– continuar con el *aggiornamento* que comenzó en el Concilio Vaticano II. El actual pontificado ha iniciado un proceso interesante, novedoso y acaso poco conocido, de consulta abierto a todos los hombres y mujeres del mundo. Ha sido llamado este proceso por el Vaticano como el sínodo de la sinodalidad, por su significado etimológico: caminar juntos.

La Iglesia debe hablar con claridad y con determinación, esto siempre lo ha hecho. Pero no basta con ello, la Iglesia sobre todo necesita ser entendida, y para ello es imprescindible conocer qué opinan y cómo piensan sus fieles, y así, siguiendo a Chesterton, servir realmente de faro de la fe. En esto consiste la flexibilidad, no en el cambio esencial del mensaje sino en el proceso de sensible escucha.

A manera de conclusión.

Difícilmente sea Venezuela un país –como señala Google de manera bastante ligera– con más de 30 millones de católicos. Pero la realidad es que la religión no se trata de un tema de proselitismo de fieles, de quién tiene la lista más larga... esas son obsesiones anacrónicas y concepciones equivocadas.

Las religiones –nos dice Xavier Zubiri– son la plasmación ulterior de la religación, y la historia de las religiones, el enriquecimiento progresivo del poder de lo real o deidad, que es manifestación de la realidad de Dios oculta en el fondo de toda realidad⁴.

La Iglesia católica es institución, sin duda. Pero también la Iglesia católica somos todos los fieles que la conforman. Hablar de la Iglesia católica supone pues hablar de la estructura jerárquica, de obispos, curas, parroquias... y al mismo tiempo implica hablar de todos nosotros que nos llamamos católicos de a pie.

Tenemos en Venezuela, como vimos, una Iglesia católica con raíces históricas desde el siglo XV pero que hoy posee una presencia institucional, respeto y reconocimiento que se lo ha ganado a pulso, sudor y lágrimas en el acompañamiento de la gente que más sufre en el país.

Tenemos además un gran número de venezolanos que nos definimos como católicos, y que se evidencia ello –o al menos debería evidenciarse– en la conducta cristiana en la calle, en la casa, ante los otros.

Porque más allá de las cenizas en la frente, la procesión no siempre va por fuera. ☪

*Juan Salvador Pérez es director de la Revista SIC.

- 1 *La expansión del cristianismo. Un estudio sociológico.* Rodney Stark, Editorial Trotta, 2009.
- 2 A tales fines vale la pena revisar los estudios publicados por el Pew Research Center.
- 3 Why so many Catholics want to get their ashes—even if they rarely go to Mass. Bruce T. Morrill s.j. www.americamagazine.org 2022.
- 4 Sobre la religión de Xavier Zubiri. Juan Carlos Infante Gómez, Universidad Complutense de Madrid, 2018.

INVESTIGACIÓN >> SIETE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Los jesuitas y el lenguaje. Estudios venezolanos, siglos XVII y XVIII (España, 2022) es el más reciente libro publicado por Francisco Javier Pérez (1959), lexicógrafo, ensayista e historiador de la lingüística, quien se desempeña actualmente como Secretario General de la Asociación de Academias de la Lengua Española -ASALE-

GERARDO VIVAS PINEDA

Finalizando los años 60 tropecé sin querer, cuando la adolescencia imponía su mandato disperso, el *Catálogo razonado de los libros de los siglos XV, XVI y XVII de la Academia Nacional de la Historia*. Su autor, Agustín Millares Carlo, publicaba un repertorio con 90 títulos raros que ofrecía radiografías librescas incomprensibles para el muchacho lector. Al punto aparté de mis ojos aquella revelación oscura, pero tres detalles ocuparon un resquicio de mi memoria y allí permanecieron hasta hoy: a) el primer libro inventariado era una rarísima Biblia publicada en Venecia el año colombino y antimorisco de 1492, incunable cuyo concepto era desconocido en mis predios juveniles; b) el latín que me enseñaban los jesuitas en el Colegio San Ignacio, pero yo despreciaba por culpa de los Beatles, cruzaba de cabo a rabo la mayoría de las descripciones catalográficas; y c) Mario Briceno Perozo, el prologuista, emitía el siguiente elogio sobre Millares Carlo: “La ciencia del libro no solo debe al egregio profesor su inapreciable contribución a robustecerla con sus investigaciones y publicaciones; le es deudora, en gran manera, de la pasión por la enseñanza, de ese apostolado que tan solo realizan los altos espíritus”. La última oración, más una sentencia existencial que una meta bibliográfica alcanzada, ocupó desde entonces un rincón oculto por la puerta de atrás del cuarto año de humanidades ignaciano cursado entre desganos y bicicletas, donde la lengua latina me fastidiaba mientras la literatura me extendía una invitación irresistible. Jamás pensé conocer al catalógrafo en ejercicio del apostolado extra bíblico mencionado por Briceno Perozo, mas dejé guardado ese enaltecimiento inalcanzable en una gaveta memorística. No imaginaba quién podría merecerlo a futuro con el paso de un tiempo todavía desocupado por un prójimo desconocido.

Vocación de historiar la lengua

Ese latín incómodo quizás tiraba una carnada antojadiza a un muchachito de primaria que venía detrás de mí, pero pasaba desapercibido. No obtenía galardones de conducta ni aprovechamiento en las premiaciones colegiales. Aunque detentaba un bajo perfil personal, seguramente el niño vestido de blanco puro con el escudo bicolor del Colegio en la franela ya sazonaba palabras en su tentativa vocación lingüista. Décadas después ese ánimo lo disparó a las cumbres filológicas de la lengua española. Sus nombres y apellidos, comunes y corrientes hasta el colmo, constituían lo contrario de las rarezas bibliográficas catalogadas por Millares Carlo. Sin embargo, el producto rico de su obra lexicográfica e histórica merece compartir el encomio dicho por Bri-

Sotanas en la selva, diccionarios en guayuco



FRANCISCO JAVIER PÉREZ / ARCHIVO

ceño Perozo: Francisco Javier Pérez Hernández, así nombrado el hombre no aplaudido cuando chamo, ha ejercido como apóstol de alto espíritu entre sabios dedicados durante siglos al rescate de hablas antiguas venezolanas, epopeyas misionales entremezcladas por aventureros con sotana y aborígenes con arco y flecha. Hoy ejerce la secretaría de la Asociación de Academias de la Lengua Española en Madrid, mientras viste el traje espiritual de la ciencia hablante y escribiente. Su último libro *Los jesuitas y el lenguaje: estudios venezolanos, siglos XVII y XVIII*, recién nacido en las prensas digitales, presenta un compendio de erudición y cultura hispanoamericanas. Francisco Javier comparte esa condición de abolengo vasco, mirando desde la barrera el ruedo jesuítico de la lidia idiomática. Trece años escolares en el Loyola más otros cinco en la Universidad Católica Andrés Bello totalizan 18 años de formación en los planteles de la Compañía de Jesús, optando finalmente por una laicidad justificada en su proyección académica, profesional y humana. Hablemos de la obra, evadiendo por restricciones espaciales una cobertura que merecería al menos un dossier completo, saltándonos la biografía escrituraria del autor, por sí misma una hazaña del humanismo contemporáneo. En esta primera entrega, de una obra programada hasta el siglo XXI, se ocupa de las contribuciones al lenguaje por parte de Pierre Pelleprat, generador de la lingüística aborígen; José Gumilla, primer ordenador de las lenguas del Orinoco; José Cassani, jesuita original, académico, lexicógrafo indigenista y escritor-historiador; Alonso de Neira y Juan Rivero, primarios paleolexicógrafos sistemáticos; Felipe Salvador Gilij, iniciador de la lingüística americana; y Lorenzo Hervás, adelantado de la filología comparada y figura suprema del enciclopedismo lingüístico.

Entre repertorios, almas y demonios

Siete capítulos enmarcados en preliminar y postliminar comprenden y anuncian sin descanso el determinante papel filológico desempeñado por la comunidad jesuítica al ocupar la Venezuela hispánica en proceso de criollización. No extraña el encabezamiento del texto con fragmentos epistolares del año 1783 por el padre Felipe Salvador Gilij al padre Lorenzo Hervás, dos de los religiosos estudiados: “Estoy lo suficientemente persuadido de que la gran empresa de dar su justo valor a las lenguas no puede esperarse sino de los hijos

de San Ignacio”. El primer capítulo recurre a un vuelo metafórico para titular los intentos de comprensión de la lingüística venezolana y su recorrido histórico: “fabricar la tradición”. Insufla así una perspectiva diacrónica en el diálogo constante y necesario desde tiempos antiguos entre los estudios de las lenguas indígenas y la lengua peninsular, tomando como base analítica y descriptiva la gramática de Nebrija y la intención comparatista irrenunciable, anuncio preliminar de la modernidad lexicográfica y lingüística por venir. Acompaña este enunciado temático y metodológico un lamento final debido al extravío de muchas obras producidas por lexicógrafos, traductores y filólogos coloniales. Tal dolor intramuscular se comprende en quien ha vivido elaborando sueños y diccionarios; lo atenúa el nuevo libro publicado.

El siguiente apartado retrata la labor abnegadísima del padre Pierre Pelleprat, entregado al entendimiento arduo de la lengua gálibi, aun padeciendo una enfermedad incapacitante, “dándome una hinchazón tremenda en las piernas y en los pies... para poner en orden mis notas, hacer un diccionario para mi uso particular y para los Padres que serían enviados a convertir a los Salvajes”. Las palabras directas del misionero ofrecen el significado más auténtico de la palabra “abnegación”: era necesario inventariar dialectos para salvar almas sembradas dentro de una prehistoria natural en el culmen de lo básico, codificando y decodificando valores en los cuales “hablar” y “entender” conformaban doble necesidad clasificatoria plasmada en dos diccionarios interdependientes. Así refleja Pelleprat el cartesianismo heredado y proyectado hacia el valor universal del gálibi, lengua matriz en el escenario lingüístico de Tierra Firme “como la latina en Europa”. Solo los cumanaños encuentran dificultad para comprenderla, pero los paria, arotés, cores, chaimagotos y hasta los caribes “venidos desde las islas a visitar a sus amigos, me comprendían perfectamente todo lo que les quería decir”, expresa orgulloso el misionero, “ya sea para adquirir coronas en el cielo con la conversión de esos pueblos infieles”. Agrega nuestro autor Francisco Javier, en referencia al humanismo lingüístico inconfundiblemente desprendido desde la labor reconstructiva de una cultura americana en ciernes: “La comprensión del valor de lo sagrado depositado en el conocimiento de la lengua es, aquí, muy notoria. La lingüística venidera no haría sino confirmar el impulso de

“

Las palabras directas del misionero ofrecen el significado más auténtico de la palabra 'abnegación'”

Pelleprat”. Hacía poco más de un siglo, España vertía su huella evangelizadora en la tierra caribeña, donde agresiones naturales y endémicas se cernían sobre hombres forrados con hábitos calcinantes, empeñados en civilizar posibles antropofagias y enseñar buenas costumbres junto con la lengua. Justo entonces a “Sanz Escudero en Coro, después de riguroso examen ante el déan don Bartolomé Gómez y el franciscano Antonio de Gama, le fueron concedidos el exorcistado y el acolitado por septiembre de 1607”. Los jesuitas combatían plagas y curare al recopilar dialectos nativos, pero también creían impugnar influencias demoníacas en el atragantamiento de unas tribus por otras; de allí la necesidad para recurrir al exorcismo, en el cual confiaban abiertamente desde que San Ignacio de Loyola rezara aquella oración al crucificado, insustituible para ellos: “del maligno enemigo defiéndeme”. Almas en taparrabo pronunciando sílabas nasales rellenaban los diccionarios recién nacidos como meta final de los curas lexicógrafos. Había que defenderlas contra el dueño del infierno, y contabilizar las almas por su número en los estados generales de las misiones, en consonancia con las extremas dificultades comunicacionales entre unos y otros, como hacían los colegas franciscanos y capuchinos. Lo expuso en su momento, con rigor prospectivo, el tetracadémico don Blas Bruni Celli, al referir el testimonio del capuchino aragonés Francisco de Tauste en 1680 sobre la ineptitud del indio para captar nociones abstractas: “antes de que los capuchinos entráramos a sus tierras a catequizarlos e instruirlos en la Divina Ley, no sabían que había Dios, ni quien había creado el Cielo y las

demás criaturas visibles, ni apetecían ir al Cielo, ni temían al Infierno, por ignorarle, ni aun al mismo Demonio”. Los alegatos de los jesuitas no diferían mucho.

Historiar lenguas y alcanzar el universo

Capítulos siguientes introducen en una múltiple yunta historiográfica y filológica a los padres José Cavarte y Juan Rivero, de quienes José Gumilla reconstruye sus biografías a partir de 1724, rastreando en paralelo su trabajo lingüístico con la empresa misionera, donde el poliglottismo aterriza para quedarse mientras se aprenden las lenguas sáliva, girara, achagua, airica y betoy. El aprendizaje intensivo y exigente los convierte en anacoretas ante el mundo europeo parcialmente oculto. El mismo Gumilla, según el autor del libro reseñado, aporta la obligación de emprender descripciones idiomáticas sin olvidar el trabajo historiográfico de la lingüística: es la ciencia del lenguaje, tras su conceptualización, su filosofía y la acumulación de conocimiento resultante. La lección epistemológica es admirable.

Con respecto a José Cassani, el interés máximo del misionero lingüista se desplaza hacia el plano más literario y no tan diccionariológico. Recurre Pérez Hernández a sus sabrosas descripciones zoológicas y botánicas, por ejemplo, el hedor con que el mapurite, “aunque es raro en su especie, providencia de Dios para que no se apeste el terreno”, devuelve perros atacantes tan hediondos que dejan malolientes pueblos enteros cuando los canes apesados regresan luego de la cacería inútil; o en relación con la yuca y sus variedades, una de las cuales todavía asesina comensales desprevenidos en nuestra Venezuela hambrienta: “De estas raíces hai dos especies, la una suave, que cocida, u asada es de buen sabor, semejante al de nuestras castañas, y de mucho sustento. La otra, que estiman más los Indios, es brava, y si no se prepara, es venenosa, y bebido su zumo, o comida sin exprimirla antes, hace rebotar: como se ha experimentado por nuestros Misioneros, dandola a comer a animales, que a pocas horas han rebotado”. Para Francisco Javier la suma de ejercicio lingüístico y expresión artística en el jesuita escritor lo conduce a una valoración final: “Leer hoy a Cassani es un acto de alta literatura”.

Cierran el volumen capítulos sobre Felipe Salvador Gilij y Lorenzo Hervás. El afán comparatístico protagonizado por Gilij en relación con las lenguas indígenas americanas y la filología europea queda totalmente establecido, gracias a la contemporánea labor entusiasta y erudita de los padres José Del Rey y Jesús Olza Zubiri, iguales en identidad “S. J.” e inspiradores y maestros de Pérez Hernández, tres filólogos actuales coincidentes en la atribución a los jesuitas pioneros del germen de la más pura venezolanidad. Hervás recibe en palabras del autor una calificación envidiable: “va a creer en el universalismo lingüístico”, mediante “la elaboración de repertorios enciclopédicos multilingües sobre las lenguas del mundo”, de donde se obtiene una “cosmolingüística” para entender el universo. A ciencia cierta, y a lengua comprobada, es el mayor mérito de la obra ahora presentada: señalar confines universales en el cosmos antiguo de las lenguas venezolanas. Su aguda especialización no lo convierte en un libro para todo el mundo; ve la luz solo para la Venezuela que ame al prójimo como a sí misma. ●

**Los jesuitas y el lenguaje. Estudios venezolanos, siglos XVII y XVIII*. Francisco Javier Pérez. España, 2022.

"Nunca separo los Testamentos, el Viejo y el Nuevo, los siento como una continuidad. Para gran paradoja de nuestra humanidad inconsistente y conflictiva, nos separa precisamente lo que nos une, la figura que atraviesa latente y en presagio el Antiguo Testamento para hacerse presente, brillante y activa en el Nuevo: Jesús de Nazaret, Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre para nosotros lo cristianos"

MEMORIA >> TESTIMONIO DE FE



PROCESIÓN DEL SANTO SEPULCRO IGLESIA DE SAN FRANCISCO, CARACAS / MARIAFIGILLO.BLOGSPOT.COM

ALICIA ÁLAMO BARTOLOMÉ

El inicio

Soy católica por nacimiento y convencimiento. Nací en una familia cristiana, pero no muy practicante, porque mi padre, si bien con mayor formación religiosa que mi madre, transcurrió su juventud en la época en que el positivismo reinaba en los medios universitarios e intelectuales y era costumbre inveterada que los hombres no fueran a misa. Todavía en 1941, cuando llegamos del exilio a vivir un año en Barquisimeto, ciudad natal de papá, recuerdo que los domingos asistíamos las jovencitas Álamo Bartolomé a la misa de 10 am en la Iglesia de la Concepción, donde hasta un banco marcado tenía la familia Álamo, pero los jóvenes no entraban a los oficios, se quedaban conversando en el atrio del templo, en espera de la salida de las muchachas al terminar estos.

Mamá era hija de ateo, por lo menos así se declaraba mi abuelo Ricardo Bartolomé, recio español de Castilla la Vieja, que nunca se nacionalizó ni dejó su castiza manera de hablar, a pesar de haber llegado a Venezuela a los 16 años. Aunque todos sus hijos fueron bautizados, no quiso que su amada primogénita, Iginia, mi madre, hiciera la primera comunión, la hizo a los 29 años cuando se casó con Antonio Álamo. Sin embargo, mamá, después de casada y madre, se ocupó de que sus hijos cumplieran con los preceptos de la religión católica. A mí me bautizaron a los dos meses de nacida en la Iglesia de Santa Teresa, no era nuestra parroquia, lo era San Juan, pero papá era muy amigo del párroco, P. Parra, y todos sus hijos fueron bautizados por él. Nos pusieron un solo nombre, no eran mis padres amigos de duplicar –yo tampoco– pero el P. Parra, muy devoto de la Virgen de Lourdes, a la hora de ponernos el agua a las mujeres Álamo Bartolomé agregaba el “de Lourdes”. A la usanza de la época, me confirmaron el mismo día. Seguramente en el Palacio Arzobispal, residencia oficial del Arzobispo de Caracas, Mons. Rincón, pero no me confirmó él, sino el Nuncio de Su Santidad Pío XI, Mons. Cento, más tarde cardenal y camarleno en Roma, que estaría de visita cuando llegó la tercera hija del ministro de Fomento a solicitar el sacramento de la confirmación.

Papista y sionista

Desde entonces, Alicia fue católica, apostólica y romana, como se decía en aquella época. Ahora diría, antes, polaca, luego alemana y hoy argentina. No sé si por ese sello que el nuncio me dejó en la frente, siempre he sido y soy papista. Me enseñaron a serlo mis tías Álamo Dávila, católicas devotas, de quienes aprendí las primeras oracio-

nes y recibí los libros iniciales de devociones infantiles.

Por otra parte, soy sionista. Mi admiración y respeto por mis hermanos mayores en religión, los judíos, es una constante en mi vida. Nunca separo los Testamentos, el Viejo y el Nuevo, los siento como una continuidad. Para gran paradoja de nuestra humanidad inconsistente y conflictiva, nos separa precisamente lo que nos une, la figura que atraviesa latente y en presagio el Antiguo Testamento para hacerse presente, brillante y activa en el Nuevo: Jesús de Nazaret, Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre para nosotros lo cristianos, pero solo hombre para nuestros hermanos mayores. Nunca olvido que el cristianismo nace en la sinagoga, donde empezó la prédica de Jesús.

Cristianismo presente

En mi casa siempre se celebraron las fiestas cristianas. En Navidad nunca han faltado el tradicional nacimiento y el arbolito. Cuando era pequeña, en Caracas o en Los Teques, recuerdo que íbamos al monte a buscar la hierba estoraque que daba al pesebre un particular aroma del cual siento nostalgia en estas fechas. Asistíamos a las misas de aguinaldo a las 5 am, con mucho frío, viendo el rocío en las plantas, casi como escarcha. En Caracas, íbamos después a patinar en la avenida La Paz. No faltaba el sabroso probar de las fritangas características: arepitas, chicharrón...

No recuerdo haber dejado nunca de ser católica, ni una falla de fe, si tal vez épocas de mayor o menor devoción, de tibieza en el cumplimiento de las pocas obligaciones de la vida de piedad, lo que me hacía sentir mal, pero ninguna duda en cuanto la verdad y grandeza de mi religión, de mi Iglesia. Admiro profundamente la estabilidad monolítica de la Iglesia católica, que a través de los siglos ha resistido las intemperancias, pecados y ambiciones de su jerarquía, sin perder nunca el norte de su doctrina. Cuando más débil parece más confirma su origen divino.

Inicio eucarístico

Hice mi primera comunión en San José de Costa Rica el 13 de enero de 1937, el día de mi cumpleaños número 11, a la usanza de mamá: ella sostenía que antes de esa edad un niño no sabía lo que hacía. También la hizo dos años después Cecilia. Todos los Álamo Bar-

tolomé comulgamos por primera vez a esa edad, salvo Antonio, que lo hizo en Caracas, antes del exilio, junto con Berenice y era año y medio menor que ella; privilegio del príncipe, porque para mamá, su varón mayor, era tal. A Iginia hija le tocó hacerla a los 12, porque nos veníamos de Costa Rica y se escogió que la hiciera en Barquisimeto junto con Leopoldo, el día que este cumplía los 11 años. La última en acercarse al banquete eucarístico fue la menor, Beatriz, en Caracas, también en su 11º cumpleaños el 17 de julio 1944.

Los Álamo Bartolomé no fuimos en grupo a la mesa de la primera comunión, sino solos. El lugar de la mía fue la Capilla del Sagrario de la Catedral de San José de Costa Rica. Tenía como escolta a Cecilia e Iginia ataviadas de ángeles con alas desplegadas. Celebración muy íntima con un posterior y también íntimo desayuno familiar. La recibí de manos del canónigo P. Kern, un sacerdote alemán que fue mi primer y asiduo confesor. Su estampa era como la de San Nicolás. La confesión terminaba siempre con un estribillo: “Tenga siempre mucha paciencia”. En manos de él me puso la profesora particular que me preparó, también de origen alemán y cuyo nombre no puedo recordar sino fonéticamente, la señorita Krisch o algo así.

Las clases eran los sábados por la tarde junto con otros niños. A pesar de mi temperamento inquieto, por una parte y perezoso, por otro, que prefería seguramente el juego u otra actividad vespertina y sabatina –teníamos clases los sábados en la mañana en la escuela– no recuerdo haberme sentido molesto o rebelde para asistir a ellas. En esos tiempos los niños obedecíamos a los padres sin chistar –al menos nosotros– pensando que toda decisión para nuestras vidas les correspondía a ellos, al menos en los primeros años, después estábamos claros en la libertad en cuanto a la vocación profesional. Eso correspondía a una inteligente manera de educar de mis padres que hoy aprecio mucho.

Quizás en mí hubo una particularidad poco común: después de la primera comunión quise seguir las clases de religión. Quería saber más, profundizar, de manera que los 4 años que siguieron antes del regreso a la patria, asistí todos los sábados a la pequeña aula de la alemana. Estudié *Historia sagrada*, que es el Antiguo Testamen-

to en lenguaje para niños, texto muy útil que hace falta hoy, no solo para conocimiento religioso, sino cultural: el arte universal está pleno de figuras y episodios bíblicos, quien no los conoce se queda en Babia a lo mejor ante una obra maestra. Les pregunto a veces a jóvenes y no tan jóvenes quién es Goliath o Judith y ponen cara de Babia. De manera, pues, que cuando dije al comienzo de este artículo que “soy católica por nacimiento y convencimiento”, adelantaba el contenido de estos primeros párrafos que ya no necesitan mayor explicación.

Semana Santa

Desde pequeños mamá nos llevó a participar en los ritos de Semana Santa, como los oficios de Jueves y Viernes Santos, la visita a los siete templos para rezar ante los tradicionales monumentos que ocultan el Santísimo y rivalizan en su concepción artística. En San José de Costa Rica me sucedió algo inusitado. Allí se usaba que en las procesiones tradicionales, parte de los personajes bíblicos, salvo Jesús y María, fuesen seres humanos, niños o adolescentes. Un año fui escogida para representar a María Magdalena. Eso me marcó. Vestida con sus galas, sin su cabellera pero si una melena de crespos medio escondida tras un velo, me encaramaron en unas andas, atada por la cintura a un palo oculto tras el ropaje. El momento difícil era guardar el equilibrio en el levantamiento hasta los hombros de los fornidos transportadores, después se cogía el paso. Creo que eran dos o tres procesiones: miércoles por la tarde –había actividad escolar por la mañana–, jueves y viernes. En mi caso, hubo que hacer algo especial: cambio de posta a mitad de camino. Mi humanidad de 12 años pesaba demasiado para mis cuatro pobres cargadores. ¿Cómo me sentí allá arriba, en el imprescindible bamboleo y siendo centro de atención y admiración del pueblo devoto? Pues muy bien, ufana, ya había nacido en mí la actriz desde el año anterior, cuando interpreté “La bella durmiente” en el Teatro Nacional de San José. Actitud no muy católica, pero sí histriónica que aminoró mi comprensible debilidad humana.

La Acción Católica

El Papa Pío XI lo llaman el de la Acción Católica porque fue el creador de este movimiento laico, como brazo

del apostolado jerárquico de la Iglesia. Otra creación acorde a los tiempos tuvo ese sumo pontífice: la Oficina Católica Internacional de Cine (OCIC), también en los años 20 del siglo pasado. Comprendió la influencia que el nuevo medio de comunicación tendría en la sociedad y la posibilidad de transformarlo en medio apostólico. Fui miembro activo de su filial en Venezuela, el Centro de Cultura Fílmica (CCF). Otra acción notable de este vicario de Cristo, fue su denuncia de los peligros y horrores del nazismo en una memorable encíclica, la única en la historia de la Iglesia que no fuera originalmente publicada en latín, sino en alemán, en un afán de llegarle al pueblo germano. ¿Quién le dio los datos? Su nuncio en Berlín, el cardenal Eugene Pacelli, futuro Pío XII.

Me interesa especialmente el nacimiento de la Acción Católica porque en ese quinquenio que viví en Costa Rica empezaron los balbuceos de este movimiento y mamá nos llevó, a Berenice y a mí, a participar con ella en estos para mujeres, sin distinción de estado o de edad, que promovía el párroco de la Iglesia de la Soledad, el Pbro. Carlos Borge. Mamá le hizo notar su casi igual nombre al de nuestro eximio y atormentado poeta, P. Carlos Borges y él le dijo que también se apelaba así, pero se había quitado la ese porque cada vez que salía en la prensa una poesía del nuestro, de marcado corte erótico, lo llamaba el obispo.

Una vez en Venezuela y el año que vivimos en Barquisimeto, se reunió allá el congreso nacional de la Juventud Católica Femenina Venezolana (JCFV). En el país el movimiento estaba más avanzado, existía entre las mujeres la división por edad y estado civil, de manera que la JCFV era ya una rama independiente, floreciente y activa. Mamá nos llevó a las interesantes sesiones de ese congreso, donde se elegía al final la nueva junta directiva para el período siguiente de dos años. Quedó electa como presidenta nacional Helena Aguerrevere Vera, caraqueña gentil, con quien luego hice, ya en Caracas, gran amistad y fuimos compañeras en el CCF, que ella presidió en años siguientes. A mí me encantó ver aquellas jóvenes líderes, discutiendo y tomando resoluciones. Cuando nos vinimos a la capital, todas las Álamo Bartolomé nos inscribimos en la JCFV. Berenice llegó a ser presidente nacional y yo dirigente nacional. En la JCFV avancé en mi formación católica doctrinal. Teníamos círculos semanales para esto, retiros mensuales y anuales, como preparatorios de las fiestas, tal la de Pentecostés, por ejemplo. De manera que cuando me asomé al Opus Dei, tenía mucho adelantado.

(continúa en la página 7)

ENSAYO >> POESÍA Y VIDA DEL ESPÍRITU

El mundo interior

"Sé que el arte es una mentira pero gracias a ella vivo en mi verdad y esta verdad es la única arma que poseo, es el poder que me defiende del desamor y de la injusticia, de la autocracia y del despotismo"

RODOLFO IZAGUIRRE

Para Víctor Guédez

Cuando cierro los ojos y presiono los párpados aparece una insólita oscuridad marcada con muchos puntos minúsculos y luminosos, y detrás de mis ojos y de mis miradas descubro lugares hermosos y asombrosamente apacibles que forman lo que comúnmente se ha dado en llamar el mundo interior. Pero ese mundo interior es un espacio abierto, no conoce límites; nada lo cerca o encierra. A diferencia del espacio interior arquitectónico con techo, puertas y paredes, el mío se abre al mundo de la imaginación y del misterio y canto y me albozo dentro de él celebrando mi capacidad de jugar y conversar con las palabras, inventando aforismos como hace Víctor Guédez, cuando coloca *el arte dentro del marco* y *el aforismo frente al espejo*, mientras yo me sigo comportando como el poeta francés que se deleitaba poniendo colores a las vocales y pasaba temporadas en el infierno.

En los mundos interiores de algunos de nosotros hay montañas muy altas con cimas cubiertas de nieves eternas y abajo, valles por los que navegan ríos caudalosos y se extienden enormes superficies de hortalizas y viñedos y más allá, bosques espesos y pájaros en pleno vuelo. Son comarcas que se abrazan al viento de mis anhelos. ¡Allí no existe el tiempo, pero secretamente cultivo y atesoro uno para confirmar si en verdad determina o no el futuro y me basta solo con pensar, con reflexionar para que se haga de día a cualquier hora y aparezcan los caminos que me llevarán hacia ningún comienzo porque el saber no tiene inicio y no acaba nunca!

Poetas de escasa imaginación o apagada sensibilidad prefieren referirse no a espacios o mundos sino a jardines interiores y se les escucha decir que sus jardines se ven malos, marchitos y abandonados por falta de atención y riego. Al parecer, esto

ocurre porque tienden a darle a la política o a los beneficios que extraen de los negocios o de sus propios intereses personales más importancia que al espacio interior donde viven y se alimentan sus almas. Solo crecen en sus jardines palabras marchitas y resacas, envejecidas; condenadas a perecer sumergidas en la oscuridad que se abisma detrás de sus cerrados párpados y sus versos banales o desafinados están destinados a hundirse para siempre en el silencio que es peor que el olvido. ¡No son buenos poetas! Permiten que el desánimo domine y haga estragos en su escritura.

Con los ojos cerrados veo cómo se desplaza mi alma en el futuro; comienzo a sentirme a mí mismo, a atisbar por los entresijos de mi imaginación superando el temor al miedo, a la aprehensión porque constato que algo se libera dentro de mí y puedo abarcar nuevas dimensiones en la espesura del bosque y escuchar con mayor claridad el trino de los pájaros ocultos en las altas copas de los añosos árboles porque voy venciendo el terror o la angustia de hundirme en una oscuridad sin puntos luminosos. Toco los objetos que encuentro a mi paso y obtengo de ellos nuevos y hermosos contactos; con solo rozarlos siento que despiertan a una vida mejor y de mayor encanto.

Tengo un mundo interior en el que la música recorre los senderos que se abren dentro del bosque. Pasea por ellos asida de la mano de la poesía que todo lo embellece porque de ella emana la luz. Sé que el arte es una mentira pero gracias a ella vivo en mi verdad y esta verdad es la única arma que poseo, es el poder que me defiende del desamor y de la injusticia, de la autocracia y del despotismo. Hay en mi sagrado mundo interior una sana arrogancia que impide que penetren en él usurpaciones de distinta naturaleza o perversidad; que lo invadan deslealtades, particularmente las que han deshonrado sus juramentos.

He logrado desterrar las ideologías que estuvieron maltratando o entor-



DOS FIGURAS (1951) – HÉCTOR POLEO / GALERÍA DE ARTE NACIONAL, VENEZUELA

peciendo la fluidez de mi propio pensamiento y es por eso que camino, a mi avanzada edad, dispuesto a vencer la distancia que me separa, en apariencia, de nuevos horizontes y derrotar los despropósitos políticos que me abruman.

Descubrí, querido lector, que al defender mi espacio también estoy protegiendo y defendiendo el tuyo porque no quiero que los populistas del socialismo equivocado, ni ningún otro mandatario político usurpador o desquiciado, civil o militar, perturben nuestros mundos, espacios o jardines y traten de reducirlos a escombros como lo están haciendo unos desalmados en Ucrania con ensañamiento y brutalidad y otros, en el país venezolano, con alevosía y astucia criminal. La tragedia rusa estriba en que no disfrutó del Renacimiento y la triste

“

Poetas de escasa imaginación o apagada sensibilidad prefieren referirse no a espacios o mundos sino a jardines interiores"

tierra rusa de Fiódor Dostoyevski, sin mirar hacia Occidente se la pasa gritando que solo quiere ser rusa: "¡Quiero más! ¡Quiero ser más rusa!"

Al defender mi espacio, repito, estaré defendiendo el tuyo así me vea obligado, muy a tu pesar, a regar y ordenar tu jardín. Cargo el mundo dentro de mí y me empeño en que veas y conozcas la luz; me ha costado un doloroso esfuerzo aprender a amarme, a soportarme, a ser solidario para seguir siendo rebelde y subversivo; a respetarte; a suplicarle a mi ego que no se desbante y pueda yo disfrutar del perfumado aire del bosque que me espera más allá de los innumerables puntos de luz que aparecen en la oscuridad cuando cierro los ojos, presiono mis párpados y... ¡sueño con mundos interiores que ven correr el viento de mis anhelos! ☺

Soy católica

(viene de la página 6)

San Josemaría Escrivá

En 1956 me escogieron para, dentro del comité preparador del Congreso Eucarístico que se celebraría en Caracas a fines de año, dirigiera y organizara la participación de la juventud en el acontecimiento. Motivé y moví algunos grupos, entre otros, el de unos jóvenes alumnos y ex alumnos del Colegio San Ignacio, que dirigía P. José María Vélaz, fundador de Fe y Alegría. Yo hacía esquemas para orientación de lo que pretendíamos y de uno de esos que entregué a ese grupo, el sacerdote me comentó: "Ah sí, esto está basado en *El valor divino de lo humano*", libro que yo desconocía. Se lo comenté al secretario ejecutivo del comité, el Dr. Odón Moles, médico psiquiatra y sacerdote, que era el vicario del Opus Dei en Venezuela, a quien había conocido cuando en enero de ese año entré a formar

parte del comité. No tenía la menor idea de quién era ni qué significaba eso del Opus Dei. Solo me fijé en que era un hombre muy joven, menos de 40 años, muy alto, elegante dentro de su sotana impecable y decididamente guapo. Me compré los lentes más oscuros que encontré para no mirarlo, ¡en las reuniones vespertinas del comité con luz artificial! El Dr. Moles me dijo que ese libro era de Jesús Urteaga, sacerdote del Opus Dei. Por supuesto, me interesé en leerlo puesto que me habría inspirado por control remoto. Me gustó mucho y enseguida le pregunté al vicario por alguien que nombraba mucho Urteaga, un tal Josemaría Escrivá de Balaguer y su libro *Camino*. ¡Era el fundador del Opus Dei! De anteojositos que leí *Camino*. Ahí empezó todo. Me cautivó la doctrina de santificar el trabajo cotidiano, santificarse en el trabajo y santificar con el trabajo, sin salirse del estado laical ni de la profesión u



ALICIA ÁLAMO BARTOLOMÉ / ARCHIVO

oficio. Cumplido ya mis 30 años, por primera vez me había planteado la posibilidad de ser monja, carmelita descalza, por más señas, dada mi admiración por Santa Teresa de Jesús y el Carmelo. Lo consulté con mi confesor, el P. Pedro Pablo Barnola S.J., me dijo "vamos a verlo" y en unos meses el "vamos a verlo" se volteó como una tortilla: de monja de clausura me resolví a buscar la santidad en el mundo y a propósito del mundo. En enero de 1957 pedí mi admisión en el Opus

Dei. Hoy soy supernumeraria soltera, las hay casadas –la mayoría–, viudas y divorciadas. Conocí a san Josemaría Escrivá en Roma en 1964, me concedió una inolvidable entrevista privada. Lo volví a ver en Caracas, en 1975, pocos meses antes de su muerte el 26 de junio.

En la Obra, la formación doctrinal de sus miembros es básica y constante para poder llevar a Cristo hasta las entrañas del mundo. Es mucho lo que he recibido, proporcionalmente muy

inferior a lo que he dado. Un día una señora, asidua asistente a retiros y charlas, me dijo que ella era fanática del Opus Dei. Le comenté, para su asombro, que yo no: "El día en que sea fanática del Opus Dei dejaré de ser del Opus Dei". En la Obra no puede haber fanáticos, tenemos absoluta libertad en materias y actividades opinables, como la política, la ciencia, la economía, la educación, el arte, la cultura, el deporte... Nuestros intereses y afanes son tan universales como lo es Cristo mismo.

Remate

Respeto mucho la jerarquía eclesial y me someto a la jurisdicción que tienen sobre mí el obispo de la diócesis y el párroco de mi parroquia, pero no soy ratón de sacristía. Me molesta tanto el clericalismo de los laicos como el laicismo del clero. Cada estado tiene su ámbito de apostolado y son complementarios. A los seglares no nos es lícito administrar los sacramentos, salvo el bautismo en caso de emergencia, sin embargo, podemos llegar a rincones del mundo donde el clérigo no puede sin escandalizar.

¡Sí, soy católica, ¿alguien lo duda? ☺

ENSAYO >> A PROPÓSITO DE ÁXEL CAPRILES

LUIS GALDONA

Tengo en mis manos, desde finales del año pasado, la edición de Turner del libro más reciente de Axel Capriles, *Erotismo, vanidad, codicia y poder. Las pasiones en la vida contemporánea*. Una nueva edición, a cargo de Luis Felipe Capriles Editor, ya está disponible en Caracas. Con la aparición de esta obra puede decirse que las pasiones están de regreso, vuelven por sus fueros.

Regresan del destierro de la psicología y la psiquiatría académicas por largo tiempo, circunscritas al ámbito literario y a la categoría de categorías nosográficas de las enfermedades mentales o también formando parte de los inventarios de vicios o pecados necesitados de enmienda y expiación. El otro reducto donde encuentran registros es en las crónicas rojas: los crímenes pasionales, delitos, excesos de lo pasional circunscritas a los individuos “culpables” de pasión y, sobre todo, en los noticieros que informan sobre la deriva totalitaria de una mayoría significativa de regímenes políticos en el mundo.

Es a partir de estudios más recientes –entre otros los planteamientos de la psicología analítica de mediados del siglo pasado– cuando se consideran puntos de vista alternativos para intentar la comprensión de emociones y pasiones. Justamente a estas perspectivas se refiere Capriles en su obra. Allí se encuentra una minuciosa y muy bien documentada revisión de los avatares del concepto de pasión y la familia de palabras asociadas, desde la antigüedad hasta nuestros días. Un recuento crítico de los diferentes postulados, con los vislumbres y sugerencias que hace el autor en relación con esas variadas teorías. En el capítulo dedicado a la codicia, Capriles dice haberse sentido tentado de escribir una historia natural de esa pasión, en el estilo de la Antigüedad clásica. Si bien desiste de ese propósito en apariencia, a lo largo de la obra señala con detalle las variaciones en la concepción de las pasiones estudiadas, haciendo detallada referencia a los hitos más importantes en la evolución histórica de esas ideas y conceptos.

Es indudable que al hablar de pasiones estamos en el terreno de lo irracional y en el campo de la patología. La pasión siempre es patología, en el sentido de que es expresión de un *pathos*, una emoción, un sentir que no se aviene con la razón, aunque puede ser valorizado desde ella. Pero la patología también tiene un sentido: es un acontecer de lo psíquico que puede develar un propósito, la línea de desarrollo de un proceso. La psicología y la medicina arquetipal han insistido en poder imaginar el sentido de la patología como expresión de un psiquismo que busca compensación, con frecuencia incluso a través de lo destructivo. No solamente lo constructivo forma parte del repertorio psicológico, lo tanático tiene una función a través de sus imágenes y sus manifestaciones. Y los medios a través de los cuales la psique busca esa compensación, esa inclusión de ingredientes excluidos, contradicen lo racional y se convierten en profundas aflicciones que tienen claras implicaciones patológicas.

El carácter compensatorio que pueden tener estas manifestaciones, se activa ante la unilateralidad de las posturas conscientes. Posturas que se manifiestan en las actitudes que privilegian lo racional, lo conocido, lo convencional, lo valorizado tanto desde lo individual como lo colectivo conscientes. Los contenidos diferidos, postergados, inconscientes, surgen entonces de maneras incontrolables, tal como ocurre en los estados pasionales. Estas dinámicas son de observación universal, motivo por el cual se conciben como procesos arquetipales del psiquismo humano.

El enfoque de las pasiones como constituyentes arquetipales de la psicología humana, que tienen una significación particular en los procesos evolutivos individuales, constituye el interés fundamental del autor. Al ser consideradas como intervenciones

La pasión: el sentido del sinsentido

“Es indudable que al hablar de pasiones estamos en el terreno de lo irracional y en el campo de la patología. La pasión siempre es patología, en el sentido de que es expresión de un *pathos*, una emoción, un sentir que no se aviene con la razón, aunque puede ser valorizado desde ella”



AXEL CAPRILES / ©VASCO SZINETAR

psíquicas, las pasiones adquieren un significado adaptativo muy relevante, porque se trata de requerimientos fuera del ego, de las instancias rectoras de los procesos inconscientes. Pueden verse como activaciones de determinados arquetipos que se manifiestan por complejos requerimientos del proceso de individuación. De allí proviene su significado y su sentido. Con las pasiones, como con sus derivados y afines, emociones y afectos, estamos en el terreno de las motivaciones irracionales de los procesos psíquicos. Pero en el peso y el significado que pueden adquirir en la psicología individual asistimos a la razón de la sinrazón, a la razón de lo irracional, al sentido del sinsentido.

Con el epígrafe de Hume, filósofo naturalista que examinó la base psicológica de la naturaleza humana, en la apertura de la obra ya se pone de manifiesto un clima en estas reflexiones de Capriles sobre las pasiones: la necesidad de subordinar a la razón y ponerla al servicio de estas. Con mucha razón advierte,

Muchas de las erratas y desaciertos en nuestras vidas surgen de la confusión arquetipal, de buscar a través de una pasión objetos y metas que son de otras, razón por la cual jamás podrán ser saciadas.

Hay entonces una concepción de la pasión como un suceder psíquico que busca una compensación o una actualización de lo que podemos denominar “regencias” arquetipales que pertenecen al individuo en un mo-

mento de vida. De ello deriva el valor adaptativo de las pasiones, que pueden expresar un cambio imprescindible en el proceso individual, a través de una conmoción fundamental del estado de cosas. Y en ello radica el sentido de lo pasional, ocurriendo en ese contexto individual, aunque su expresión y sus consecuencias involucren a otras personas o incluso a grandes colectivos.

Es conveniente destacar que *Las pasiones en la vida contemporánea* se ubica en las antípodas de muchas corrientes actuales inspiradas en la psicología positiva y sus sucedáneos. Asistimos a una proliferación de teorías y “herramientas” de control emocional, que ha derivado en una auténtica industria de libros, cursos, seminarios y toda clase de eventos de autoayuda. Enfoques que insisten en el papel de terapias alternativas sobre la voluntad y el control emocional, que auspician los logros de un ego fuerte –negador de la irracionalidad– y del pensamiento “positivo” sobre el equilibrio de hormonas, neurotransmisores y otras bisagras psicofisiológicas.

Esta proliferación revela tendencias colectivas –y evidentes necesidades– a consumir cualquier receta que evite y tome distancia con la perspectiva de una auténtica psicología profunda, que requiere del reconocimiento de procesos que caracterizan la irracionalidad y los entresijos del inconsciente. Un camino arduo y complejo el de esa psicología que no se queda en una visión bidimensional. Cuando la percepción de esa dimensión vertical del psiquismo se establece como una perspectiva, llega a tener repercusiones notables cuando se requiere de una intervención terapéutica, que de esa manera no se queda en una ego-terapia, sino que deviene en genuina psico-terapia.

Sería conveniente diferenciar entre un “acceso” y un “estado” pasional. En el primero podemos estar ante una conducta irrefrenable ante una emoción intensa, que efectivamente bloquea la conciencia y la reflexión y lleva a una acción inmediata, frecuentemente destructiva. El acceso pasional se inscribiría más en un campo relacionado con el control de impulsos. Pero la verdadera pasión es la que se manifiesta como un es-

las personas vinculadas a este, que son objeto de esas pasiones. Pero otras tienen indudables efectos sobre un conjunto más amplio, pudiendo afectar seriamente a colectivos completos.

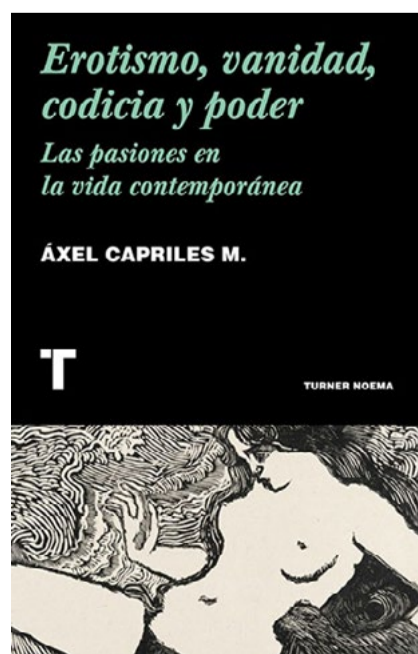
Es de gran interés imaginar, por ejemplo, que el erotismo en su vinculación con el exotismo, pueda representar la necesidad del individuo de moverse a rendir culto a otras “divinidades” que habitan su mundo interno. La pasión erótica vista como un movimiento hacia dioses y cultos diferentes a los que el individuo ha observado hasta ese momento. Por lo erótico, propone Capriles, se llega a lo exótico. Y lo exótico en la psique es aquello que está muy inconsciente. Cuando estos contenidos se activan, buscan una actualización, una representación, un lugar en la economía psíquica y una energía de conciencia sobre sí mismos. Se trata de un movimiento, una transferencia psíquica fuera de lo establecido, lo vigente, lo consciente, para cargar de energía esos contenidos que se han constelizado en concordancia con un proceso.

El sentido del estremecimiento pasional proviene en el decir del autor, de una apostasía, una “traición” a los valores de lo que ha sido la “religión” tradicional, que puede plantearse –y de hecho ocurre con gran frecuencia– en el proceso de individuación: una necesidad de rendir el debido culto a otras constelaciones arquetipales. Algo en lo cual puede verse un paralelismo con lo ocurrido históricamente a nivel colectivo en la transición del culto de los dioses paganos al Dios judeocristiano.

Igualmente sugerente es ver en la vanidad y la tendencia narcisista una búsqueda de reflexión y de identidad. Al fin y al cabo, Narciso se enamoró de su imagen y su destino trágico se desencadenó por el conocimiento de sí mismo. O imaginar la codicia como una valoración de los recursos necesarios para ser invertidos en determinados procesos psíquicos. Son estas las propuestas que Capriles hace en su obra, amplificando y afinando la percepción de los estados afectivos pasionales y sus imágenes que, desde otras perspectivas, tienen muy mala prensa. Esto supone encontrar no solo sentido sino facetas positivas en las pasiones, en la medida en que su ocurrencia vaya acompañada al menos de un intento de reflexión y búsqueda de significado. Queda en el aire, por supuesto, la pregunta de quién, cómo y cuándo puede detenerse un proceso pasional para propiciar una reflexión más honda, un proceso que requiere de una actitud y una consistencia psíquica particulares.

Donde no aparecen esos aspectos positivos es cuando se trata de la pasión por el poder, con las consecuencias deletéreas conocidas en colectivos mayores, naciones incluidas. El capítulo correspondiente revisa conceptos muy relevantes, como la diferenciación entre dominación y poder; el liderazgo carismático, el deseo de libertad y el miedo a ella, razón por la cual se produce la sumisión al líder totalitario; el carácter mítico, mesiánico, de la autopercepción del líder, con todos los abusos y crueldades que incluye; el concepto de psicópata adaptado; el vacío y la inflación concurrentes en la psicopatología del líder y las masivas proyecciones de temores, resentimientos y necesidades que los sometidos a la desmedida voluntad de poder colocan en esas figuras y resuelven en forma vicariante.

(continúa en la página 9)



ENSAYO >> A PROPÓSITO DE LUIS PÉREZ-ORAMAS

Primeros apuntes para una política de la misericordia

“Un juramento incontinente (‘logorreico’, dice Pérez-Oramas), incapaz de ceñirse a la fórmula litúrgica del ‘sí, juro’, que no puede evitar calificar compulsivamente de ‘moribundo’ al objeto sobre el que se jura, no es sino la promesa de sostener en el tiempo ese mismo estado de indefinición. Se jura así el *mantenimiento* de una crisis, el *sostenimiento* —indefinido e inmisericorde— de una agonía”

DANIEL R. ESPARZA

En el segundo apartado de su “Ensayo sobre la destrucción”, Pérez-Oramas ofrece una breve fenomenología del juramento. El juramento, explica, “no pone nada en obra pero mantiene lo que otro ha puesto en obra”. Esto es, que la acción de jurar supone al menos dos cosas.

La primera (acaso la más obvia) es una falible pero resuelta voluntad de continuidad. Se trata, fundamentalmente, de una operación de *mantenimiento*, por demás humilde. De nuevo, jurar no inicia nada: solo se compromete a mantener aquello que ya está allí, para acaso llevarlo a término. Es decir, que el juramento exige *tener en mano* alguna cosa para sustraerla de la acción disgregadora del tiempo tanto como nuestras fuerzas lo permitan. Por una parte, jurar salvaguarda. Al jurar, me comprometo a guardar algo entre mis manos, a *man-tenerlo*. Por la otra, jurar demanda un mínimo nivel de autonomía. Quien jura debe ser capaz además de *tenerse* a sí mismo. Ha de poder no solo mantenerse en el tiempo sino de con-tenerse en la acción: debe obrar de acuerdo a aquello que ha jurado. Así, mientras más breve el juramento, mejor: un contenido (y continente) “sí, juro” (siempre en primera persona) no es solo suficiente,

sino necesario. Es la expresión visible de la propia capacidad de contención y, por lo tanto, de la confianza que el juramento mismo merece (o deja de merecer).

La segunda es quizá menos evidente. Para que esta compleja transformación de nuestra experiencia del tiempo sea viable, para que este acto literal de *duración* tenga sentido, para que este empeño de *hacer durar* a pesar de la propia caducidad tenga el poder de establecer una continuidad entre el ser presente y un (posible) ser futuro, aquello que se jura mantener debe estar necesariamente o vivo o muerto. Si vivo, para mantenerlo vivo. Si muerto, para mantener su memoria.

Pérez-Oramas tiene razón al decir que el desmontaje de la Venezuela moderna comenzó en diciembre de 1998. Fue el mes en el que Hugo Chávez juró “matar la ley que lo legitimaba, la Constitución que calificó de *moribunda*”. ¿Qué significa jurar sobre algo que se juzga no está ya lo suficientemente vivo, pero tampoco definitivamente muerto? ¿Qué es lo que el juramento mantiene en ese caso, si no es ni vida ni memoria? ¿Qué sucede cuando se jura sobre algo que se ha confinado a un espacio liminal, literalmente *crítico*?

Es cierto que el griego *krino* (del que deriva *crisis*) designa la capacidad de distinguir una cosa de la otra. Una mente crítica es simplemente aquella que ha llegado a ser capaz de separar la paja del trigo. Pero el griego original significa no solo una acción (la acción de cribar, de cernir y discernir) sino además un evento. En este otro sentido, la palabra señala también el punto álgido de una enfermedad. Una crisis es el suspenso que antecede (o no) a un cambio (más o menos inesperado) que puede terminar de traer al paciente de vuelta a la vida o entregarlo definitivamente a la muerte. Un juramento incontinente (“logorreico”, dice Pérez-Oramas), incapaz de ceñirse a la fórmula litúrgica del “sí, juro”, que no puede evitar calificar compulsivamente de “moribundo” al objeto sobre el que se jura, no es sino la promesa de sostener en el tiempo ese mismo estado de indefinición. Se jura así el *mantenimiento* de una crisis, el *sostenimiento* —indefinido e inmisericorde— de una agonía.

Quizá por eso termina Pérez-Oramas su “Ensayo” con la invocación de una *política de la misericordia*. Se trata de un modo de pensar y hacer lo político que quisiera imaginar como el grado superior de las *políticas de la amistad* de las que Derrida ya hablaba en 1994. No pretendo resumir aquí el que quizá sea el más importante de los textos del llamado “giro político” de Derrida. Tampoco pretendo haberlo entendido. Mucho menos quiero poner en boca de Pérez-Oramas cosas que él no ha dicho. Pero sí me atrevo a decir que la orientación general de ambos proyectos es la de invertir una tendencia que reduce la reflexión política a la pregunta por



SIETE OBRAS DE LA MISERICORDIA (1607) — MICHELANGELO CARAVAGGIO / PIO PONTE DELLA MISERICORDIA, ITALIA

el enemigo. Más aún, una política de la misericordia supondría el fin del *mantenimiento* —indefinido e inmisericorde— de este estado intermedio, de esta enemistad sostenida tanto con la vida como con la muerte, de esa liminalidad forzosa de la muerte-en-vida en la que los totalitarismos (duros o blandos, poco importa) se sustentan. En ese sentido, una política de la misericordia está en las antípodas de las formas del poder que insisten en entender al ser humano como una biomasa a la que se le alimenta (malamente) para que produzca (tanto como pueda) y consuma (lo mínimo posible). Esto no quiere decir que la política de la misericordia no alimente, produzca, o consuma. Por el contrario, una política de la misericordia no puede sino incluir las clásicas obras de misericordia corporales —dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, dar posada al necesitado, enterrar a los muertos, visitar a los enfermos, y

socorrer a los cautivos. Pero entiendo además que la misericordia tiene también un horizonte “espiritual,” no reducible a lo meramente biopolítico.

El siglo XX fue el siglo en el que la guerra cuerpo a cuerpo devino una acción impersonal, masiva y masificante. Al enemigo singular, al que otrora se le daba muerte viéndolo a los ojos, se le mata ahora por centenas, por miles, por millones —en campos de concentración, en gulags, se le rocía con napalm, se le bombardea desde 2000 pies de altura. Fue además el siglo de la disminución absoluta del ámbito de lo político a lo bélico. Entendida la guerra como la continuación de la política a través de otros medios (a la Clausewitz) lo político no pudo sino derivar en un constante enfrentamiento —una agonía *mantenida* inmisericordemente, una crisis infinita, un ejercicio moribundo— y el ciudadano devino soldado —un muerto en vida, una vida sacrificable. El subproducto antro-

pológico-político de esta “unión” cívico-militar, la consecuencia visible de esta reducción de lo político a lo agónico-bélico en Venezuela, es el miliciano chavista como ideal ciudadano, a quien a duras penas se le alimenta (vía CLAP) para que entregue lo único que tiene —bien su voto, o bien su vida: los mecanismos que tiene disponibles para *mantener* el estado actual de cosas.

Así, se entiende que la primera obra “espiritual” de la *política de la misericordia* (Pérez-Oramas habla de “la imagen *espiritual* de la nación”) sea el registro del “catálogo de nuestros dolores colectivos,” una colección de nuestras miserias, un inventario que, por dolorido, ponga límites al poder —a cualquier poder, presente o por venir— desde el ahogo concreto de “la singularidad ordinaria y sufriente”. Esto es, un catálogo que *mantenga* (bien a la mano) vivos a los vivos y presentes a los muertos —bien para honrarlos o para condenarlos. ☉

La pasión: el sentido del sinsentido

(viene de la página 8)

Probablemente la imposibilidad de que esta pasión tenga algún elemento positivo puede verse en el conocido enunciado de Jung, cuando afirma: “Donde el Eros reina, no hay voluntad de poder; y donde la voluntad de poder es dominante, falta el amor”. Un enunciado a partir del cual se puede equiparar el poder con lo tántrico directamente, sin expediente previo y sin posibles alternativas: donde reina

la voluntad de poder, solo existe una voluntad de muerte. Por otra parte, el hecho de que el sustrato psicológico del poder sea la inferioridad psicopática determina que no exista la reflexión, ni el eros o compasión, ni la vergüenza, ni las formas psíquicas, ni las emociones o pasiones genuinas sino sus vacías mimesis, ni ninguna posibilidad constructiva. La voluntad de poder parece ser una voluntad excluyente de muerte. Probablemente los que albergan y ejercen esa pasión sean las personifi-

caciones en la psique colectiva del mal y la destructividad que no pueden quedar sin representación.

Quizás el único elemento que pueda derivar de la conciencia que se pueda adquirir y afinar sobre las distintas manifestaciones de la pasión de poder sea percatarse de cómo la relación de víctima-victimario tiene un origen común: la inferioridad psicopática de ambos. En el reconocimiento de este elemento de complementariedad con el psicópata ávido de poder quizás ra-

dica la posibilidad de sustraerse, al menos en una parte pequeña quizás, de la criminalidad propia de lo que Capriles describe como la más devastadora de todas las pasiones.

Erotismo, vanidad, codicia y poder es, sin duda, una obra que supone la necesidad de relectura, de revisión. Plantea alternativas de lectura de los fenómenos emocionales y pasionales en particular, que apuntan en una dirección completamente distinta a los estudios tradicionales sobre el tema, aunque los incluye. Implica entre otras cosas un apartarse de la visión culposa de las pasiones, que es tradición de la cultura judeocristiana y se encuentra por lo tanto en la matriz

original de la cultura occidental.

Considero que es una obra que ojalá promueva discusiones interesantes en los medios a los cuales alcanza y en los cuales tiene un eco y una resonancia indiscutibles. Ámbitos que no se restringen al campo psicológico individual, sino que abarca la psicología social, la sociología política, la economía y muchas otras áreas en las cuales se manifiesta un interés en las formas en que se expresa lo humano irracional, pero con sentido. ☉

*Luis Galdona es médico psiquiatra y analista junguiano. Autor del libro *Los bordes de la imagen. Apuntes sobre cine y psicología de los arquetipos* (Caracas, 2019).

PUBLICACIÓN >> A PROPÓSITO DE JUSTICIA AL FIN JUSTICIA

ALEXANDRA ÁLVAREZ MURO

La intolerancia frente a la disidencia y la necesidad de acallar las voces críticas, fueron el móvil principal de la persecución política contra este jurista.

Carlos Ayala Corao

En Venezuela no hay justicia y no habrá mientras reine este Régimen militar socialcomunista. El TSJ es y será una oficina de Miraflores. Hay un poder único y es el Ejecutivo y, en concreto, el Presidente (=Duce, Führer, Gran Timonel...). La CPI lo tenga en cuenta.

@OvidioPerezM

El libro *Justicia al fin justicia, caso Brewer-Carías vs. Venezuela* reúne artículos de profesionales que llevaron el caso de este conocido jurista venezolano ante el Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. La obra evidencia los excesos contra los derechos del abogado. El lector no puede dejar de asociar este litigio con otros que hemos visto durante estos años: el de Afiuni, de Leopoldo López, del diputado Requesens y muchos otros juicios que se realizan o no, porque quienes pasan años olvidados en la cárcel no cuentan en esta lista. De modo que este juicio es solo la punta de un iceberg que lleva a los sótanos del Sebin y a otras salas de tortura del régimen venezolano.

Compilado por Brewer y Ayala Corao, el libro es el recuento de una larga serie de atropellos en contra del jurista. Según su propio planteamiento ante el Comité de Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas, estos fueron: derecho a un juicio justo; derecho a asistencia legal; derecho a la defensa; derecho a ser oído; igualdad ante los tribunales y cortes de justicia; libertad de expresión; ataques ilegales contra el honor o la reputación y privación de libertad.

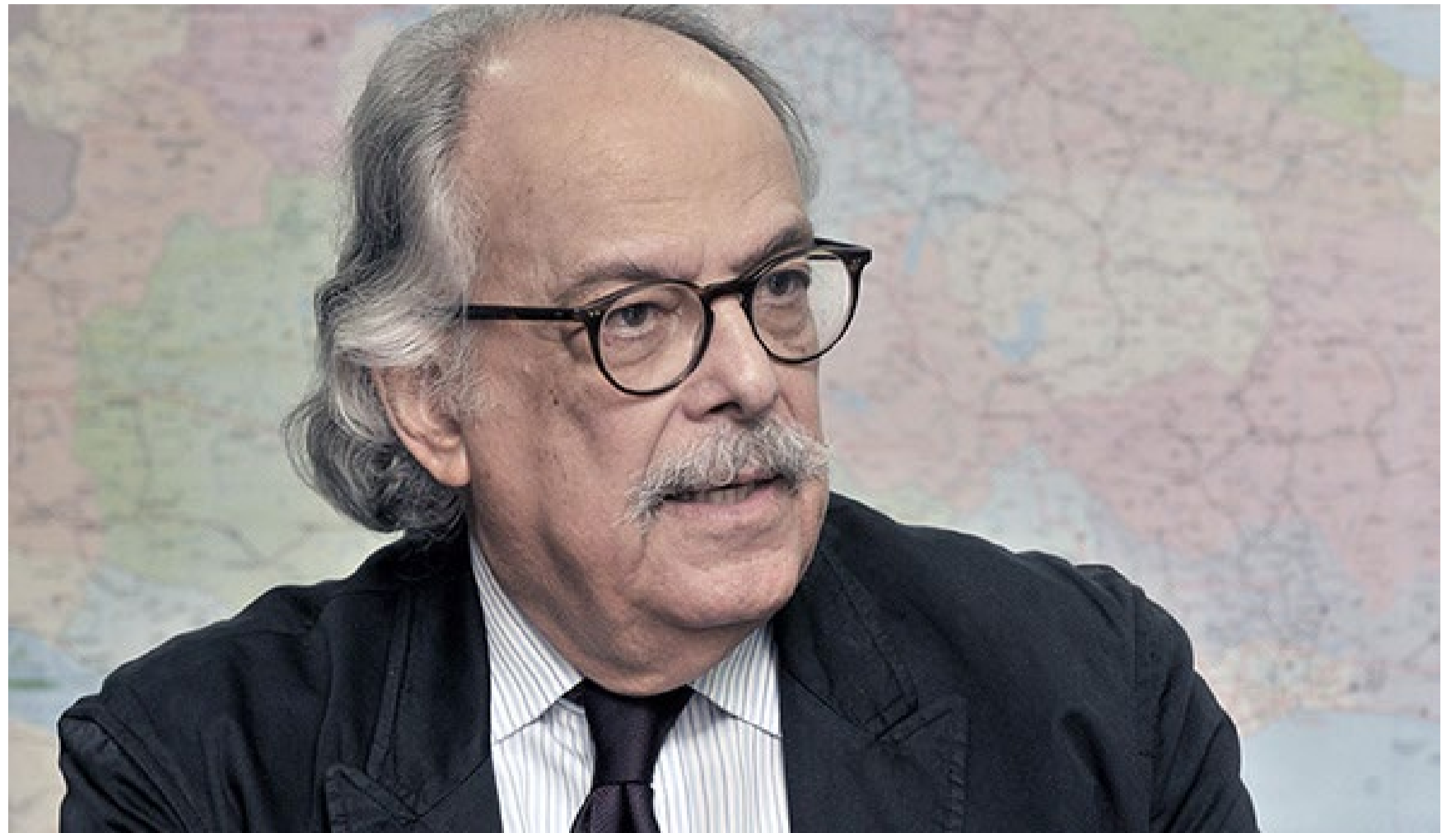
En 2005, se construye un proceso penal basado en recortes de crónicas periodísticas consignadas tres años antes, en mayo de 2002, donde se acusa a Brewer Carías de “la comisión del delito de conspiración para cambiar violentamente la Constitución previsto y sancionado en el artículo 143, numeral 2 del Código Penal Vigente (artículo 144, numeral 2 para la fecha de la comisión de los hechos)”, por haber participado “en la discusión, elaboración, redacción y presentación” del decreto constitutivo del llamado gobierno de transición que anunció el ciudadano Pedro Carmona Estanga el 12 de abril de 2002.

Lo primero no era coherente con su conducta de defensa de los principios del constitucionalismo democrático. Lo segundo fue desmentido por el jurista y por otros personajes del momento. Sin embargo, había otras razones para llegar a este juicio:

1. La no separación de poderes en el país y la preminencia del poder ejecutivo por sobre los demás. Es notorio que la mención que hizo Hugo Chávez, en el Aló Presidente del 2 de junio de 2002, fue el primer ladrillo en la construcción política de la presunción de culpabilidad en este particular. En una transmisión donde el punto principal es la acusación a los policías² –“golpistas” según el gobierno– luego encarcelados, se menciona una entrevista al periodista Jorge Olavarría donde dice que él estaba con Brewer Carías cuando le trajeron el llamado decreto Carmona. Chávez incluye ese recuento en su charla para decir:

“Eso nos puede dar una idea a todos del grado de responsabilidad que anidan en su alma los golpistas, manipularon a medio mundo y ahora se han ido del país algunos y dejan embaucados a otros y se pierden y se quieren seguir yendo del país. *La Justicia debe alcanzarlos dondequiera que estén. Pero en fin, ahí veíamos la explicación del doctor Olavarría, diciendo bueno lo que ustedes oyeron, que el día 10 lo fueron a buscar [a] Brewer Carías. Y este señor Daniel Romero y ¿quién es Daniel Romero que apareció leyendo el decreto del golpe? Ya tenían el decreto hecho desde antes.*” (Itálicas añadidas)

La sola mención del nombre de Brewer en esa entrevista y de esa reunión en la oficina de Olavarría “contamina” la información, de modo que el auditorio entiende que se trata de continuar con el tema del golpe y de cul-



ALLAN BREWER CARIÁS / ELMERCURIOWEB.COM

Justicia, democracia y realidad en Venezuela

“El juicio contra Brewer Carías muestra la inexistencia del poder judicial en la República Bolivariana de Venezuela por su sumisión al poder central y el peligro en que se encuentran los ciudadanos del país de ser condenados injustamente. En este caso, la justicia está decretada. Sin embargo, de allí a confiar en que se vive en paz, justicia y libertad queda todavía un largo trecho”

pabilizar a sus supuestos responsables. El lingüista forense Roger Shuy dedica un libro a lo que él llama “crímenes de lenguaje” –*Language crimes*– producidos durante el acopio de los datos, la interrogación y el juicio. En todas estas etapas se puede crear la “ilusión” de que el sospechoso ha cometido un crimen que, analizado lingüísticamente, puede no justificarse. Esto ocurre cuando los testigos usan estrategias lingüísticas que dan la impresión de que el acusado está implicado en el crimen; depende de la forma en que se hacen las preguntas y, en el juicio, de las estrategias lingüísticas empleadas por los acusadores, que hagan aparecer a los acusados como culpables de hechos que nunca cometieron (Shuy 1993).

En este sentido, el nombre de Brewer –de “Randy”– queda inserto de pasada entre el de los demás “golpistas” en el discurso del presidente³ y vulnera el principio de presunción de inocencia, al igual que ocurrió en el caso Afiuni (Álvarez 2018). Sobre este caso (el caso Cedeño), el Comité de Derechos Humanos encontró que había “un posible vínculo entre la voluntad del Poder Ejecutivo y la decisión judicial”. La misma transgresión a la presunción de inocencia ocurre en el Aló Presidente sobre los policías, a quienes Chávez acusa de ser los asesinos de Puente Llaguno.

2. En 1999 se inició la “reestructuración” del poder judicial. La elección de los miembros del Tribunal Supremo de Justicia y demás jueces se lleva a cabo sin tomar en cuenta los protocolos dispuestos en la constitución. En consecuencia, el proceso contra Brewer Carías lo conducen fiscales y jueces provisorios inestables estructuralmente, pues se nombran y remueven de modo discrecional, lo que socava la independencia del poder judicial; algunos fueron incluso suspendidos de sus cargos por actuar a favor del acusado. Al respecto, la Corte Interamericana de Derechos Humanos condenó al Estado venezolano en tres

oportunidades, por no garantizar la estabilidad del Poder Judicial.

3. El sesgo político de la entonces fiscal provisorio y luego fiscal general de la República, Luisa Ortega Díaz. Fue notoria su actuación complaciente ante la condena televisiva que hizo Chávez de la jueza María de Lourdes Afiuni por haber cumplido la ley en cuanto al banquero Eligio Cedeño, que había estado preso sin juicio durante más de dos años (Álvarez 2018).

La acusación partió de la denuncia del 22 de mayo de 2002, de un coronel que culpó al jurista de haber participado en la redacción del decreto “Carmona tal como se desprende de los artículos periodísticos...”, con lo que el juicio se basó en crónicas de prensa no confirmadas, tomadas como plena prueba, es decir, como “hecho notorio comunicacional”. Cabe recordar, como se explica en el libro, que los “hechos comunicacionales” que no requieren prueba, solo pueden derivarse de noticias de “hechos” o “acaecimientos” efectivamente sucedidos, y nunca de opiniones de periodistas. Sin embargo, tampoco se llamó a declarar a los periodistas que difundieron la información. La Fiscalía solicitó la captura del abogado, con lo cual el Estado condicionaba cualquier actividad procesal o recurso de su parte, a su detención preventiva. Dos embajadores venezolanos, por solicitud expresa de la fiscal, lo acusaron ante Interpol.

Allan Brewer Carías, como uno de los eminentes abogados que participaron en la discusión de la constitución del año 1999, fue un personaje seguramente incómodo en el foro de la constituyente. Carlos Ayala Corao consideró esto como la verdadera causa y finalidad del juicio:

“No se le perdonaron sus lúcidas intervenciones críticas como representante independiente electo en la Asamblea Nacional Constituyente de 1999, ni sus votos salvados, ni sus críticas a la adopción de un régimen de transición constitucional no aproba-



do mediante referendo popular, ni la denuncia de las ediciones y cambios de última hora al texto constitucional que ya había sido aprobado. Tampoco se le podían perdonar sus críticas a las violaciones continuadas a la nueva Constitución que representaban los nombramientos arbitrarios de nuevas autoridades, y la aprobación de nuevas leyes y decretos-leyes inconstitucionales. Esa fue la verdadera *causa causarum* de la operación de persecución política contra Allan Brewer Carías. El resto son excusas y bagatelas. (Ayala Corao 2022, p.14”).

El juicio contra Brewer Carías muestra la inexistencia del poder judicial en la República Bolivariana de Venezuela por su sumisión al poder central y el peligro en que se encuentran los ciudadanos del país de ser condenados injustamente. En este caso, la justicia está decretada. Sin embargo, de allí a confiar en que se vive en paz, justicia y libertad queda todavía un largo trecho. El Estado de derecho, con un sistema de normas jurídicas, separación de los poderes del Estado y el respeto por los derechos humanos, no existe en Venezuela. Esperemos a que esto llegue para que podamos ex-

clamar con los autores: ¡*Justicia, al fin justicia!*!, pues sin libertad no hay justicia. ☹

- 1 Jurista en diversos tópicos de derecho público, en especial en derecho administrativo y en derecho constitucional, Brewer Carías se ha dedicado a la defensa del Estado de derecho y los derechos humanos. Profesor Titular jubilado de la Universidad Central de Venezuela y profesor de post grado de prestigiosas universidades extranjeras, fue electo en 1999 como miembro independiente de la Asamblea Nacional Constituyente, como parte de cuatro integrantes contrarios al proyecto de Hugo Chávez. En ese tenor, votó en contra del texto constitucional sancionado por la Asamblea Nacional Constituyente e hizo campaña en contra de su aprobación cuando el mismo fue sometido a referéndum popular. Denunció este estado de cosas en variados textos argumentando que ese texto se aparta de los principios fundamentales del constitucionalismo democrático.
- 2 Los comisarios de la Policía Metropolitana, Lázaro Forero, Henry Vivas e Iván Simonovis fueron acusados de la masacre de Puente Llaguno e injustamente encarcelados.
- 3 El libro de Brewer y Ayala menciona este hecho en una nota: En este caso, el presidente Hugo Chávez sometió al abogado Brewer Carías al escarnio público en el Aló Presidente N° 106 (2 de junio de 2002). Transcripción disponible en: [http://www.todo Chavez.gov.ve /todo Chavez/4100-alo-presidente-n-106 / \(p. 275\).](http://www.todo Chavez.gov.ve /todo Chavez/4100-alo-presidente-n-106 / (p. 275).)

Referencias

- Álvarez, A. 2018. “El debilitamiento de la democracia en Venezuela. El caso Afiuni”. *Discurso y Sociedad*, 12, 2: 206–254.
- Ayala Corao, Carlos M. 2022. “Allan Brewer Carías vs. Venezuela: Los caminos para llegar a la justicia internacional”, en Brewer Carías y Ayala Corao eds. (2022), 13–63.
- Brewer-Carías, A.R y Ayala Corao, C. (Eds) 2022. *¡Justicia! ¡Al fin, justicia! Condena al Estado venezolano por el Comité de Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas por la violación de las garantías judiciales al debido proceso, a ser juzgado por jueces independientes, a un recurso efectivo, y a la presunción de inocencia de Allan R Brewer-Carías*. Serie Estudios No. 137. Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Caracas: Editorial Jurídica Venezolana.
- Shuy, R. W. 1993. *Language Crimes*. Oxford: Blackwell.